

DOCUMENTO REVOLUCIONARIO

El día 3 por la noche se reunieron unos cien republicanos en el Círculo de la calle de Carretas, sin otra representación que la propia; presidió la reunión Galdós y se aprobó el documento que voy a comentar, por alcanzarme casi todas las censuras que se vierten en él. Empieza así:

ADHESION

«Declaran los firmantes que, conservando ineluctable la integridad de sus convicciones republicanas, así como su libertad de acción en sus organismos políticos y en la propaganda, se adhieren a la acción del «bloque» de las izquierdas, dispuestos a cooperar con todos los elementos liberales del país a la defensa del tesoro común, legado a costa de tantos sacrificios por nuestros mayores y hoy en riesgo por la tenebrosa alianza de las derechas.»

Pues yo declaro que, sin duda por poquedad de entendimiento, no se me alcanza cómo puede hacerse propaganda contra la monarquía, uniéndose con aquellos de sus partidarios que tratan por medio del bloque de sacarla del atolladero clerical en que han contribuido a meterla.

La noticia de que tenemos un tesoro común que defender, me ha alegrado mucho, pero me ha sorprendido a la vez. Yo creía que ya no quedaba en ese tesoro ni media peseta, al advertir que todos lo olvidaban. Estuve tantos años de centinela dando el alerta sin que apenas nadie me oyese, que había llegado a sospechar que el equivocado era yo, y que no había tal tesoro, ó que no encerraba ni diez céntimos. Pero, en fin, me alegro de que exista, y que haya ahora tantos republicanos decididos a sacrificarse por defenderlo. Así podré yo descansar un poquito.

FUSILAMIENTOS

«Puesto que los liberales tocan alarma contra el enemigo de todos, debemos acudir como los más obligados, por ser los más progresivos, y tener que perder más que nadie en la bancarrota de la democracia, siquiera para en último extremo, en caso de defección de nuestros aliados, seguir las inspiraciones del inmortal defensor de Gerona, fusilando a los que ante el invasor negro de las conciencias vuelvan la espalda.»

Me entusiasma ese párrafo. ¡Fusilar traidores! Es un espectáculo que no he presenciado nunca, pero que debe ser muy hermoso... para los que disparan. Lo único que me extraña es que, teniendo, como parece que tienen, poder bastante para realizar ese acto de higiene patriótica, hayan dejado pasar tanto tiempo sin hacer unos cuantos ensayos siquiera y traer la República de paso. Porque como traidores, ¡vaya si los ha habido desde la Restauración acá, fuera y dentro de nuestro campo! A centenares. Y los que irán surgiendo.

Si tuviera yo la seguridad de que podían hacer eso, y de que se decidieran a hacerlo si los liberales vacilaban, quizás, quizás me atreviese a entrar en el bloque; pero ¡ay! recuerdo que muchas veces se nos ha traicionado sin tomarlo esos señores muy á pecho, y, en la duda, me abstengo.

Aparte de que tampoco sería necesaria mi ayuda: con lo que dicen ahora los firmantes, y esto que apuntó fieramente hace días en Toledo D. Melquiades: «Y digo á liberales y demócratas que, si no realizáis el programa completo de Moret en Zaragoza, yo iré á buscar en el pueblo la fuerza para destruirlos, para imponer la soberanía del pueblo en la realización de todos nuestros ideales»; con todo eso, repito, ya se tentarán la ropa los liberales antes que dar pretexto para que se vea en ellos ni la sombra de una traición. ¡Morirán como chinches! Y ellos no piensan en eso, sino en vivir. Aunque sea bien.

Y séame permitido extrañarme de nuevo ahora, de que estando en poder del Sr. Alvarez la fuerza del pueblo, no la aplique desde luego á destruir la monarquía. Como no sea porque en el cataclismo perecería también la Azucarera, dulce y sabrosa como la fruta del cercado ajeno... ¡Ah si yo dispusiera del rayo aniquilador, como dispone el Júpiter ovetense! Mañana sin falta amaneceríamos en República. Mas siempre ocurre lo mismo: los que pueden no quieren, y los que quieren no pueden.

No me avengo á terminar este párrafo, sin

soltarle esta pullita al pueblo: «¿Con que te habías entregado á D. Melquiades, y lo tenías tan calladito? ¿Si resultarás tú también hipócrita y falso? ¿O será que, como te has enterado de que el azúcar conforta los músculos, y tú los tienes flojos por falta de alimentación, vas buscando un poquito de azúcar? Si, esto debe ser; y si es esto, te perdono y te disculpo. El hambre no piensa ni razona.

MASCARA ARRANCADA

«Nuestros correligionarios de provincias, que más de cerca sienten la pesadumbre de lo actual, nos dan el ejemplo. Ya es hora de que los republicanos de Madrid, que no debían nunca hacer dejación de su puesto legítimo en la vanguardia, den señales de vida y muestras de sentido político. Prescindamos de los que se consideran tan violables que teman el contacto y aun el aliento de los que no militan en nuestras filas. Confiamos en nosotros mismos, y nuestra integridad no depende de la seducción ajena, sino de la propia virtud. Nuestro pasado responde del presente y de lo porvenir y, además, quien se halla dispuesto á transigir con su conciencia, tiene siempre ocasiones de satisfacer sus apetitos.»

Profundos psicólogos son los señores que firman ese documento. Nada escapa á su ojo clínico y su afán de investigación. Han desgarrado los recónditos pliegues del alma de los que no queremos entrar en el bloque, y descubierto el microbio moral que en ella hace mortales estragos: la flaqueza. ¡Para que demos crédito á los que proponen que en España no hay hombres eminentes en ciencia y filosofía!

Por flaqueza, sí; por esto no entro yo en el bloque; temo sucumbir al verme ante la tenacidad. Únicamente los sanos, los fuertes, los bien organizados en lo físico pueden desafiar impunemente los hielos del Polo Norte y las altas temperaturas del Senegal. Y solamente aquellos que cuentan siempre consigo mismos, los arriños de la política republicana á quienes no mancha el fango, los vacunados con linfa de su propia virtud contra el contagio de toda seducción, pueden entrar en las aguas de la monarquía sin temor á dejarse adormecer por el canto de las engañadoras sirenas. Me han conocido y me han desenmascarado ante la opinión. Han sido crueles, sí, muy crueles; pero justos al par. Por esto yo no les guardo rencor; lejos de esto, confieso que me admiran. Y no sólo por su acto heroico, sino por la solemnidad y el aplomo con que han agrupado en un pequeño párrafo tantas palabras grandes: *integridad, propia virtud, conciencia, pasado, presente, porvenir...* ¡El Cosmos de lo sublime!

NO HAY COMPARACION

«Los hombres firmes en sus convicciones no las menoscaban juntándose para luchar por ideales con adversarios en otros conceptos. En todas partes, aquí y fuera de aquí (más fuera, por mayor cultura política), se forman bloques de elementos avanzados. Esas uniones, circunstanciales por naturaleza, sirven al progreso. Véase lo que ha hecho el bloque de Francia, véase lo que hizo el bloque italiano en pro de una idea secular tan hermosa como la unión nacional, y que al abrir la brecha de la Puerta Pia, moralmente derrumbó el Vaticano.»

Este es un argumento que sólo por modestia han podido hacer los firmantes: la importancia mayor de lo que ellos realizan ahora, comparada con la de los actos que citan, salta á la vista. El bloque en Francia sólo tenía por objeto salvar la República y expulsar los Ordenes religiosos; una pequeñez; y el de Italia satisfacer la aspiración de un pueblo desde la Edad Media; una mezquindad. ¿Qué vale eso ante el propósito colosal que persiguen los republicanos bloquistas españoles, facilitar la subida al poder de los liberales para que nos den lo que ya tenemos? Más orgullo, correligionarios, más orgullo; tened conciencia del acto transcendental que realizáis, y no lo rebajéis al compararlo con esos otros tan insignificantes, tan nimios...

TARDIOS, PERO CIERTOS

«En efemérides patrióticas de todos los tiempos se ve juntos á enemigos irreconciliables de la víspera; en acontecimientos políticos, O'Donnell, por ejemplo, que fusiló á multitud de revolucionarios el 66, al año siguiente conspira con los compañeros de sus víctimas para hacer la revolución, y el general Serrano, defensor de Isabel II en ese episodio, á los veintisiete meses forma con el inolvidable Prim y con Tonete la tri-

nidad revolucionaria que arrojó del trono á la hija de Fernando VII.»

Esto es verdad, no puede negarse; pero hay que tener en cuenta la manera de ser de aquella gente levantisca y barricadera; tenían la manía de conspirar, y por cualquier pequeñez se entendían enemigos y adversarios para echarse á la calle; esa cita lo prueba. Hoy estamos más civilizados, y no caemos ni en la tentación de pensar siquiera en aliarnos para derribar el trono. Propónganselo los republicanos del bloque á los liberales, y verán lo que les contestan. Nosotros nos reservamos ahora para lo grande, para lo decisivo; para acabar con el clericalismo, respetando á los frailes. Las cosas, ó hacerlas bien, y de una vez, ó no hacerlas. Treinta y tres años hemos tardado en decidirnos; mas ahora sabrán quién es Calleja. ¿Que han sido muchos los años transcurridos en la preparación del movimiento redentor? Conformes; pero así ha resultado él de formidable é irresistible; en su clase, tanto como el último terremoto de Sicilia. No; ni la Naturaleza prepara en tres días un terremoto, ni la política un movimiento de tanta transcendencia. Sólo el tiempo puede incubir tan tremendos cataclismos en la Naturaleza y en la política.

CONVICTOS Y CONFESOS

«Y es que no hay remedio. Si no nos aliamos en defensa de la libertad, somos involuntarios aliados de la reacción.»

¡Qué sobriedad! ¡Ni Tácito! Si llega á añadir el redactor del documento el tan manoseado *alea jacta est* (la suerte ya está echada) ese párrafo hubiese quedado esculpido con letras de oro en el libro inmortal de la Historia (Esto me ha resultado un poco cursi; pero adelante).

Por lo que no paso, es por lo de *involuntarios*: conscientes, muy conscientes; ¿á qué andar con eufemismos? ¿Cometimos la falta? Suframos la pena. Y caiga sobre nosotros el desprecio de las generaciones presentes y la maldición de las venideras. Cuando se trata de la suerte de un pueblo, hasta la torpeza toma caracteres de traición.

YO PECADOR

«En política se sacrifican los odios en aras del bien público. Tampoco la desconfianza sistemática, siendo freno para la acción, puede edificar. No nos preocupe que los demás falten á sus deberes y sus palabras, é impórtenos mucho el cumplimiento de nuestras obligaciones y la acrisolada honradez de nuestra conducta. Labor de pesimismo es labor estéril, negativa, funesta.»

En el párrafo anterior hay tantas verdades como letras, y cada letra cae sobre mí, aplastándome con la fuerza de un bloque de un millón de toneladas (bloque en su acepción directa: de piedra berroqueña). Y en este instante veo alzarse ante mí la sombra de mi vida, y la oigo, severa cual la del padre de Hamlet, gritarme con voz atronadora que pone pavor en mi ánimo:

«¡Sí, sí! Te increpan con justicia. A pesar de que jamás tuviste en cuenta las condiciones ni el pasado de ningún republicano cuando creíste que podía contribuir á derribar la monarquía, y te pusiste á su lado, y le serviste y le secundaste, tú no eres más que un hombre corroído por el odio.

Aunque te entregaste como un inocente ó un necio á todo aquel que intentó, ó lo dijo por lo menos, trabajar revolucionariamente, tú no pasas de ser un *desconfiado sistemático*.

Aun cuando fundaste El Motín para pre-

dicar la unión de los republicanos y logras imponerla á los veintitrés años, tú no mereces otro nombre que el de *pesimista* que realiza *labor estéril, negativa, funesta...*

Los que no odian, los confiados, los de acrisolada honradez, y labor provechosa y fructífera, están entre esos que firman el documento, algunos de los cuales nunca trabajaron para ellos, ni pretendieron cargo alguno, ó lo rechazaron si se lo ofrecieron; entre esos, decididos de antemano á no aceptar, si los liberales subieran al poder con su ayuda, ni acta de diputado, ni de concejal, ni destino, ni favor... Porque ellos son fuertes, y no buscan otras satisfacciones que las que proporciona el deber cumplido; al revés de los que, cual tú, no entran en el bloque por temor á que los seduzcan, por carecer de entereza para resistir, y más aún que por todo eso, por no atreverse á ir contra el clericalismo, como esos del bloque han venido haciendo desde que comenzó á entronizarse, con una constancia y una fe inquebrantables...»

Y dicho esto, desaparece de mi vista la sombra de mi vida, dejándome anonadado, confundido y sin fuerzas más que para lanzar una carcajada que resuma y compendie el efecto que me ha causado ese documento ramplón, arcaico, lleno de lugares comunes, sin lógica ni atadero, y el que seguramente han firmado sin leerlo muchos amigos míos queridísimos, los unos por compromiso, los otros por complacientes, algunos porque no se diga que dejan de acudir á un punto donde se les llama en nombre de la libertad.

CIEGO, SORDO Y TORPE

«Desde luego es una gran cosa agitar el país conmoviendo, darle una bandera. Y hay en la alianza de las izquierdas algo que es por sí solo para la democracia un clarín de guerra, faltando á su deber el que le desoiga. La libertad de conciencia ya no es cuestión sino en este desgraciado país, lo que nos constituye en bochornosa excepción ante el mundo civilizado. El clericalismo es la lepra de España, é ir contra el partido conservador, que le prohija, es empeño de honor. Vamos contra el clericalismo como republicanos y como patriotas, pues España, que se ha ido desmoronando por él, se deshará si continúa entre sus garras, y ahí están los nacionalistas con cogulla de todos colores, que no nos dejarán mentir, pretendiendo acabar con la sagrada unidad de la patria.»

¡Se pronunció la palabra sagrada! ¡El arcano está descifrado! ¡La luz ilumina ya todas las conciencias!

¡Darle una bandera al país! ¡Qué inspirado es esto! ¡Imbéciles todos aquellos que nos hemos pasado la vida tremolando la republicana, por creer que era la que podía conducir al país á la victoria! Aquello no era bandera; ¡era un guñapón indecente! La verdadera, la que necesita el país, la que le agita, la que le conmueve, es la que el bloque ha levantado, y que lleva por lema: «Ayudemos á Moret á salvar la monarquía». ¡Ciego yo, más que ciego! ¡No haber visto una solución tan sencilla para fortalecer y engrandecer á nuestra querida España! Mi ostracismo de por vida será castigo leve á mi torpeza.

¡Suene la trompeta intrépida, mueran todos los reyes!...

¿Por qué vienen á mi memoria ahora estas notas bélicas de *Los Puritanos*? ¡Ah! Sí; por lo del clarín de guerra que resuena para la democracia desde el campo del bloque... Resuena, y sin embargo, yo no lo oigo... De aquí el que esté faltando á mi deber.

¡Desventurado de mí!... ¡Ni ojos para ver la bandera, ni oídos para oír el clarín, ni entendimiento para comprender el alcance del bloque, ni fortaleza para resistir la seducción! Estoy ya lo que se dice hecho una completa lástima...

¡Ay misero de mí, ay infelice!

La afirmación clara y concreta de que *el clericalismo es la lepra de España*, me ha dejado confundido, estupefacto... ¿Será cierto, Dios mío? ¡Y yo sin haber caído en ello hasta la fecha! No me perdonaré nunca esta distracción inconcebible. Cuando veía á los liberales y á muchos de mis más distinguidos correligionarios entrar en las iglesias y llevar sus hijos á los colegios de jesuitas, me extrañaba un poco, mas pensaba que lo hacían por exceso de religiosidad, no por favorecer al clericalismo, en cuya existencia no creía. Y los disculpaba. Doy gracias por el descubrimiento á los émulos de Colón que firman el memorable documento. Sólo al genio están reservadas estas glorias. Y desde el próximo número de El Motín comenzaré á combatir al clericalismo, *lepra de España*.

Y para demostrar que no han leído ese desdichado documento, vulgar en la dicción, falso en las afirmaciones y mal intencionado en las censuras, al final copiaré parte del último párrafo, que viene á echar por tierra lo anteriormente escrito.

TABLEAU

«Cuando se ha querido, se ha triunfado, y no sólo por representar el porvenir, que una ley natural impone á la fuerza de inercias retrógradas, sino por virtud de una actividad perseverante, que ha conseguido incorporar á las leyes, durante la Restauración, instituciones democráticas, falseadas, sí, pero cuya permanencia es ya inmutable, pese á maquinaciones rencorosas de los neos, y cuya purificación puede ser obra de nuestra voluntad.»

Pues si es así; si están incorporados á las leyes de la restauración los principios demo-

cráticos, con permanencia inmutable, sin que ni los neos puedan evitarlo, ¿a qué tanta amenaza, tantos fieros y tanto fusilamiento de traidores? ¿A qué inventar banderas, tocar clarines, poner ejemplos y remover historias? ¿A qué tanto ajetreo, tanto discurso y tanto banquete? Y sobre todo, ¿a qué decir tanto mal lo que puede expresarse tan bien?

¡Ay amigo Galdós! Le perdono a usted el que si va de garantía a los del bolque y de camarada a Melquiades. Lo que no le perdonaré nunca es que haya firmado ese documento. Un hombre como usted puede equivocarse en política, pero literariamente.

JOSÉ NAKENS

Más cifras comparadas

El Sr. Waxweiler, en su libro acerca de los *Altos salarios en América*, establece una comparación muy instructiva entre la vida del obrero norteamericano y el europeo.

Toma como elementos de comparación ocho artículos de alimentación y cálcula, con elementos minuciosos y detallados, el consumo de cada grupo, resultando de su comparación el cuadro siguiente:

ARTÍCULOS	Consumo del obrero norteamericano (unidades)	Consumo del obrero europeo (unidades)
Carne.....	1.000	333
Tocino.....	1.000	500
Mantequilla.....	1.000	1.000
Harina.....	1.000	1.000
Patatas.....	1.000	1.500
Azúcar.....	1.000	250
Café.....	1.000	250
Huevos.....	1.000	166

Añadamos España al cuadro, no sin hacer notar que el cálculo es algo arbitrario, aunque no se separará mucho de la verdad.

ARTÍCULOS	Consumo del obrero norteamericano (unidades)	Consumo del obrero europeo (unidades)	Consumo del obrero español (unidades)
Carne.....	1.000	333	65
Tocino.....	1.000	500	100
Mantequilla (aceite).....	1.000	1.000	200
Harina.....	1.000	1.000	2.000
Patatas.....	1.000	1.500	3.000
Azúcar.....	1.000	250	100
Café.....	1.000	250	50
Huevos.....	1.000	166	100

No necesita comentarios el cuadro. Crece en Europa, y mucho más en España, el consumo de aquellas substancias de escaso valor nutritivo y de mucho volumen; disminuye el de aquellas que reúnen las circunstancias expuestas.

El mismo autor indica en qué proporciones gastan de su salario en alimentación los obreros, y encuentra que gastan:

El norteamericano.....	42 por 100
El europeo.....	51 —

Añadamos España con las reservas ya dichas y tendremos:

El norteamericano.....	42 por 100
El europeo.....	51 —
El español.....	75 —

Tampoco necesitan comentarios estas proporciones, quizá modestas en lo que a nosotros se refiere. Quieren decir que en vestido, en recreos, en cultura, en previsión, en hogar, en bienestar intelectual y moral y físico, el obrero español puede gastar y gastar infinitamente menos que sus hermanos.

Y esto se traduce en pobreza general, en desesperación, en mortalidad excesiva, en infinitos males, incluso para los que aparentemente se benefician de este horrible estado de cosas.

J. J. MORATO

LOS GALEOTES

Leía yo el artículo de Alomar, tan admirablemente comentado por Félix Lorenzo. Llegado a Madrid el famoso cronista mallorquín, con objeto de disertar públicamente acerca del catalanismo, dió un paseo por los suburbios de la corte, y al ver su misérismo aspecto, se sintió descorazonado, renunció a dar sus conferencias y partió para Cataluña, vivas aún en su cerebro privilegiado las imágenes de los golfos, hampones, pordioseros y vagabundos que imprudentemente le salieron al paso, y pronunció con acerba tristeza: «—Es verdad: somos de otra raza. ¡El problema no tiene solución!»

Renglones más abajo hallé una noticia in reible. Por la Rambla del Centro, varios

agentes de policía conducían días pasados a un tropel de muchachos «quincenarios». Fatigados tal vez por una larga caminata, atormentados por la idea de ser condenados sin forma de juicio, acaso sin haber delinquido y sin ejercitar medios de defensa, se arrojaron al suelo, pidiendo a voces ser conducidos ante un juez competente, derecho que a todo ciudadano concede la Constitución. Si eran culpables, que se les condenara; si no lo eran, que se les dejara ganarse libremente la vida; lo único, tiránico era que se les persiguiera sin delito y se les castigara sin escucharlos.

Y he aquí que el público se amotinó. ¿Contra los policías? No, sino contra los infelices desarraigados. Y en fuerza de denuestos y de amenazas obligó a los quincenarios, en su mayor parte forasteros, a seguir su camino y a ser encerrados en los sótanos del Gobierno civil.

¿Cómo recordé, al leer esta iniquidad colectiva, los arrestos de aquel hidalgo castellano, alma de nuestra raza, el cual, puesto en pie sobre los estribos, empujando la adarga, demudado el rostro, supo increpar a la Santa Hermandad para que pusiera en libertad a los Galeotes, sin distinción de patria ni origen! ¡Cuán noble se me apareció la legendaria encarnación de la Castilla golpeada de arrieros, apaleada de yangüeses, coceada no pocas veces de asnos, pero en toda ocasión erguida, caballeresca, puesto siempre el corazón en su Dulcinea y la frente en la idealidad!

Y me enorgullecí de ser castellano, de pertenecer a una raza votada de por vida a enderezar entuertos y desfacer agravios, a iluminar la tierra con su verbo y a sojuzgarla con su valentía; destinada tal vez a sembrar de migajas su barba para disimular la falta del yantar, pero dispuesta siempre a poner sus premáticas en sus bríos y sus fueros en su blanca de gaviñanes.

ANTONIO ZOZAYA

VERDADES DURAS

Juan de Aragón ha escrito en *La Correspondencia de España* un artículo combatiendo al bloque; hace en él afirmaciones con las cuales no estoy conforme respecto al catolicismo, pero emite a la vez juicios que me conviene reproducir porque refuerzan los que tantas veces he expresado. La verdad no es más que una, salga de la boca que salga.

Ahí van algunos de esos juicios:

«Es un hecho innegable que los católicos jamás educan a sus hijos en colegios libres-pensadores, y que, en cambio, muchos titulados librepensadores educan a los suyos en colegios católicos. Y sin llegar al librepensamiento, es un hecho indubitado que el mayor contingente de educandos en los colegios dirigidos por religiosos lo suministran los hijos de republicanos, de demócratas y de liberales, de esos que ahora se llaman anticlericales, sin perjuicio de haber sido quienes firmaron más Reales Ordenes reconociendo personalidad a Instituciones o Congregaciones religiosas.

Esa afirmación que parece paradoja no es otra cosa que una gran verdad. Y por serla, resulta que el *Fray Ejemplo* anticlerical se da de cachetes con las predicaciones de los anticlericales, y que las gentes sensatas y reflexivas se dicen: «Pues no será tan mala la educación que dan los frailes, cuando hasta Don Eulano lleva sus hijos a los colegios de frailes, para que estos los eduquen.» Y *Fray Ejemplo* va poco a poco destruyendo el efecto que ciertos discursos producen en los oyentes abonados a los mitines, y va poblando de nuevos alumnos, retoños de anticlericales, los colegios dirigidos por religiosos, mientras los pocos laicos existentes mueren por consunción.

¿Qué fe van a tener las gentes en las peroraciones de ciertos señores, que acabada la peroración anticlerical van a ver cómo están sus hijos en Chamartín, en San Antón, en San Fernando, en El Escorial, en Getafe ó en otros colegios católicos? ¿Qué confianza van a inspirar las sofismas laicas y librepensadoras de otros señores, si son pronunciadas casi al mismo tiempo en que son demandadas de prisa y corriendo, por teléfono a Roma, para sus familiares bendiciones apostólicas, indulgencias plenarias y cuando al alma católica dedica la Iglesia en el trance supremo de la muerte del cuerpo? ¿Qué secuaces pueden hacer quienes al mismo tiempo que abominan de la *mano muerta eclesiástica* dan donativos—y públicas son las listas—para levantar iglesias, conventos, asilos y otras fundaciones piadosas? ¿Cómo creer en la fe y en el convencimiento antirreligioso de muchos que claman contra la religión a la misma hora en que *costean y anuncian* la celebración de misas, novenas, triduos y otros cultos por el alma de seres queridos? Convergamos en que el *Fray Ejemplo* anticlerical, anticatólico y radical de muchos políticos que se intitulan anticlericales y aún anticatólicos, no es lo más apropiado para convencer a nadie; y convergamos también en que solamente

algún que otro Pi y Margall, Salmerón ó Nakens amoldan sus actos a sus predicaciones, que por lo menos, son sinceramente profesadas aún cuando sean insanas bajo el punto de vista católico.

Todo lo que se apunta en esos párafos es cierto, y por serlo, quita autoridad a cuanto dicen contra el clericalismo los partidarios del bloque. Quieren repicar é ir en la procesión, y esto no es posible. Ofrezcan los liberales expulsar de España las Ordenes religiosas no concordadas el día que sean poder, y acaso entonces olvidemos que comulgan en el catolicismo. Verdad es que si eso ofrecieran, no serían poder nunca.

Bien mirado, la situación no es muy clara para ellos. Si no hacen afirmaciones de importancia, no les haremos caso abajo; y si las hacen, no los llamarán de arriba.

Aquí encaja aquello de que no se puede servir a dos señores.

De una conferencia

«¿Habéis leído la novela que trae la Biblia sobre la caída de Adán? Seguramente sabéis que todas las religiones del mundo recurren a una historia semejante para explicar la existencia del demonio. Adán, un cobardón, fué a contarle a Dios que su esposa, «¡Me ha tentado y he comido!» Y desde entonces comenzó una serie de seres, en la que nos encontramos. ¡Ved lo que les pasó a Adán y Eva por su pecado!»

En otro relato del mismo memorable suceso, el más sentimental de los dos, el supremo Brahma, un día que no tenía nada que hacer, resolvió hacer un mundo, y un hombre con su mujer correspondiente. Hizo el mundo y el hombre y luego la mujer y colocó a estos últimos en la isla de Ceylán. (Fijáos que no juegan aquí papel alguno las costillas). Dicese que aquella isla era lo más hermoso que imaginación humana podría concebir. Nunca se vieron tales pájaros, ni tal césped. Las ramas de los árboles estaban de tal modo dispuestas, que cuando el soplo del viento las movía, cada árbol lanzaba músicas melodiosas, comparables tan solo al sonar de mil eólicas arpas. Una vez que Brahma los hubo puesto allí, se dijo: «Déjémosles que se traten un poco, pues es mi voluntad y deseo que un sincero amor preceda al matrimonio.» ¡Y entre el cantar del ruiseñor, y el rielar de la luna, y el murmurar de las cascadas, y al soplo halagador de la brisa, perfumada por mil flores, que acariciaba sus frentes con dulce suavidad, se cortejaron y se amaron. ¡Qué dulce cortejarse! Luego Brahma casó a la feliz pareja y les dijo: «Quedáos aquí y seréis felices en esta isla y es mi voluntad no la abandonéis nunca.» No tardó mucho el hombre en aburrirse y dijo a la esposa de su juventud: «Quisiera ver algo más que esto.» Determinó buscar pastos más verdes. Dirigióse hacia la extremidad occidental de la isla y descubrió un estrecho istmo que unía la isla con la tierra firme; y el demonio, que por aquel tiempo era un verdadero diablo que «jugaba» con nosotros, produjo un espejismo é hizo ver sobre la tierra firme tales valles y colinas, tales cañadas y montes, tan maravillosas montañas coronadas de perpetuas nieves, tales cataratas rompiendo en arcos soberbios triunfales, que volvióse deslumbrado a su esposa y dijo: «¡Oh Eva! ese país es mucho mejor y más bonito que éste: vamos a emigrar.» Ella dijo: «¿Para qué ir más lejos, Adán? Aquí tenemos cuanto necesitamos: quedémosnos aquí.» Pero él repuso obstinado: «No; vayamos adelante.» Siguióle ella. Y cuando hubieron llegado al estrecho istmo, tomola él en sus brazos y pasóla sobre su espalda. Pero no había hecho más que dejarla en el suelo, cuando se produjo un gran estrépito; y volviendo ellos los ojos, vieron que el istmo se había hundido en el mar. Había desaparecido el espejismo: la encantadora perspectiva habíase trocado en un país de rocas y arenales, y el Supremo Brahma maldijolos, castigándolos con el infierno. Entonces Adán habló, demostrando ser un hombre en toda la extensión de la palabra. «Maldecidme a mí—dijo,—pero no la maldigáis a ella: sólo yo he sido el culpable.» (Nuestro Adán dice con acento pusilánime: «Maldecidla—ella, que tuvo la culpa: me tentó y comí.» El mundo se halla hoy lleno de cobardes por el estilo.) Entonces dijo Brahma: «La salvaré a ella y no a ti. Pero he aquí que hablé su esposa, de la abundancia de amor de su corazón, en el que había bastante para hacer a todas sus hijas ricas en puros afectos: «Si no queréis perdonarlo a él, no me perdonéis a mí. No quiero vivir sin él. Le amo.» A tales palabras Brahma Supremo dijo magnánimo: «Os perdonaré a los dos y cuidaré de vosotros y de vuestros hijos.»

Decidme ahora sinceramente: ¿Cuál de estas historias es la más grandiosa? El libro que contiene ésta, está lleno de máximas saludables, y sin embargo, los cristianos consideran gentiles a los que adoptaron este libro como guía espiritual y gastan miles de dólares al año en enviar misioneros para convertirlos.

R. G. INGERSOLL

Si el marido, que es a quien le interesa, no muge una palabra cuando su esposa visita

á solas al cura de Buenamadre en su casa y en la sacristía ¿qué se quiere que diga yo?

En esta clase de asuntos (suponiendo que éste sea pecaminoso), ni los tribunales intervienen sino á instancia de parte.

Y si la parte calla, porque le agrada ó le conviene, ¿qué derecho tiene nadie á tomar parte en el asunto?

Por lo tanto, punto y aparte.

El fraile es imposible

Por lo que llevamos observado durante el trabajo de estos artículos, sabemos lo bastante para quedar convencidos de que el fraile es, y no puede menos, una calamidad religiosa y social. Viene de viciado origen, y el olmo no puede dar peras aunque se las ingieren.

Como no es posible que nadie se deje á la puerta del claustro su educación, manera de ser, prejuicios, resabios y pasiones, ni hay tiempo en el noviciado, aunque durase siete años, como el de los jerónimos, para educar á un mozo ó moza de dieciocho á veinticinco años, cuando no á un cuarentón, el convento no realiza la paz famosa del claustro, sino la guerra de un hormiguero de encontradas pasiones, tanto más intensas cuanto menor es aquel mundo aparte del grande. Y entre los hombres, menos mal; salen á la calle y vuelven con otra sangre; pero ¿las mujeres? Allí encerradas, viéndose y codeándose siempre las mismas, con iguales defectos y contrarios temperamentos, distinta educación, ideas y pasta... Sería pedir la luna que hubiera verdadera paz y amor entre ellas.

Al mismo tiempo, siendo la regla conventual una misma é invariable para todos los individuos que son entre sí diferentes en constitución física y moral, necesariamente algunos lo han de pasar muy mal; porque si á uno le conviene madrugar, como la regla manda, á veinte no les prueba eso; en el convento se come tres veces al día; pues muchos debieran comer menos cantidad más á menudo; otros, una vez sola; si á éste le va bien con la camisa de lana, al otro no. Y así en todo.

De esas contrariedades nace un humor negro habitual y un egoísmo extraño, causa de disensiones por la menor cosa. Y si aun fuera posible decir ¡vaya, me largol...! Pero no; allí hay que estar de por vida sujeto á la regla y al trato de las mismas personas, que de puro conocidas y á título de impuestas á la forzosa, acaban por hacerse insupportables.

Ya lo ha dicho el abate Kneipp, sacerdote alemán virtuosísimo, propagador de la cura por el agua: «Entrais en un convento, y al ver aquella limpieza, tranquilidad y orden, creéis que allí todos viven como en el cielo. Pero escurbad un poco y sabréis que lo pasan en su mayoría muy malamente. ¿Por qué? Porque una es la regla, régimen y sistema de vida para todos invariablemente, siendo ellos entre sí muy distintos.» Sin saberlo, este clérigo honradote y sincero ha derribado con cuatro renglones todo el falso artificio católico de la santidad de la vida monástica, de la paz inalterable del claustro y del influjo social benéfico de las Ordenes religiosas, como quiera que una vida mal cimentada es siempre inmoral y una sociedad inmoral no puede producir más que daño.

No es todo lo moral que debiera la familia, dicho sea sin caer en los extremos de cierto anarquismo nihilista y pesimista; pero hasta hoy es el hogar lo menos inmoral de las agrupaciones humanas. Todo fanatismo, llámese convento, barco, internado de alumnos, cuartel ó lo que fuere, donde viven muchos, cada uno hijo de su madre, bajo la misma clase de régimen, tiene que resultar á la larga inmoral.

Y me diréis: antes que usted concluya esta su tarea de proyectar luz sobre el monaquismo, ¿sería tan amable que nos explicara el por qué siendo el conventual un gándul parásito, gorrón é improductivo, un hipócrita, un farsante roído por todas las malas pasiones, principalmente el odio, la envidia, la avaricia y la lujuria, á veces la más inconfesable; porqué careciendo de urbanidad, de limpieza, de cultura, de probidad y de vergüenza; sin noción del honor y de la dignidad; pedigrío, cicatero, roñoso, á caza siempre de herencias, soplón, encismador, en extremo cruel, tortuoso en sus procedimientos, tiránico, propagandista de la Inquisición y de todas las represiones, enemigo de toda libertad, afecto y expansión, hasta del matrimonio; perturbador de hogares, enemigo de la cultura y del progreso; rutinario, ramplón, vestido ridículamente y sin ningún atractivo, cómo, pues, goza de tan grande prestigio, sobre todo entre las clases privilegiadas?

¡Oh amados lectores! Acabais de dar en la tetilla del gran misterio monacal. No creáis que había olvidado esta cuestión, que para ser bien tratada necesitaria un tomo en folio. Yo voy á descubrir ese gran secreto (para el vulgo) en pocas palabras: oidme atentos, que la cosa merece la pena.

En religión caen siempre las pesas del lazo del mayor extremo de fanatismo. Esta grandísima y trascendental verdad que todo estadista y hombre político debiera saberse muy bien, rige lo mismo entre católicos, que entre cismáticos, protestantes, moros, judíos ó budhistas. El ente religioso tiende al fanatismo, y encuentra una cosa ó á un hombre tanto más religioso, cuanto más

exagerado, más fuera de la realidad de lo corriente y del sentido común. No sé si habrá obispos ladrones y cardenales disolutos, pero que esta verdad de a folio no tiene vuelta, eso sí que lo garantizo.

Pues el fraile se lo debe todo á que, como ya he dicho, representa el exceso, el extremo, la locura, la borrachera de religión. Lo debe á su misma extravagancia. Cuanto peor vestido, más sucio y mal oliente, más grosero y hurano, más incivil y violento sea, tanto más hará las delicias de las buenas gentes crédulas, y cuanto más aristocráticas mejor, por aquella ley de los contrastes que hizo enamorarse á la mujer del rey, citado por el Ariosto en su *Orlando*, de un enano monstruoso y á algunas damas de esos toreros ó cómicos más feos que un cólico miserere.

—Estos sí que son los verdaderos hombres de Dios—dicen al ver á los frailes piosos las señoras; éstos y no los curas que visten y calzan, saludan, hablan, se conducen y viven como todo el mundo.

Un sermón de fraile lleno de brutales obscenidades y crueles injurias, sin gramática ni sentido común, á grandes voces y manoteos, blandiendo el padre barbudo y feroche un gran Cristo, hace más efecto que cien oraciones sagradas de un Bossuet ó de un Fenelón, llenas de ciencia, erudición, talento y formas oratorias. El fraile encanta lo mismo á los aristócratas que á los plebeyos: á los primeros, por lo que de su condición se diferencia; á los otros, por lo que de su brutalidad y grosería manifiesta. El orador culto no interesa á los cultos como él, porque le comprenden, está en su medio; ni á los incultos, porque se halla fuera de su ambiente.

Mas ya el fraile, que es astuto, sabe tener en cada convento un individuo que participe de ambas condiciones, rudo y algo fino: grosero y á veces culto; mal vestido, pero con asomos de elegante, por si acaso. El día que aparezca otro ente sacerdotal más bárbaro y exagerado que el fraile, éste morirá suplantado por aquél, en cuyas manos caerán la Iglesia y el catolicismo entero.

Ese es el error de los modernistas; querer civilizar la religión y cohonestarla con el buen sentido. No; cuanto más bestialmente absurda y exagerada, más admitida. Ya sabéis el gran secreto del prestigio monástico; estriba todo en una deficiencia del hombre bípedo á medio civilizar; y no lo neguemos, no nos asustemos de la verdad; ese es el estado general de las sociedades presentes.

Por eso creo que los ya civilizados no podemos contemporizar en modo alguno con el fraile y con la monja. Para ellos no debe, no puede haber derechos, ni contemplaciones; hay que destruirlos, cazarlos como fieras, mirarlos como enemigos del orden social y de la felicidad de los individuos, de las familias y de los pueblos. Hay entre ellos por excepción seres buenos, que viven conventuados porque no les deja la sociedad estúpida otro camino, pero esto no rebaja un ardite la maldad de la institución á que pertenecen, tanto, que determina este dilema: ó ser pueblo civilizado sin frailes y monjas, ó pueblo perdido y envilecido con ellos. Una epidemia de la peores, causa infinitamente menos daño en un pueblo. Con el fraile no hay componenda posible.

He aquí, para concluir estos artículos, un hecho que muy bien expresa esta mi tesis. Cierta fraile muy erudito y sabio pidió permiso para escribir una obra magna sobre la vida y costumbres de los frailes y las monjas, libro que, único en su género entonces, sería un asombro.

Tentados los religiosos de la vanidad de que se dijera que su Orden había producido aquel portentoso, accedieron, y al buen padre concedieron dispensa de toda obligación, trato sibarítico, excepcional, viajes, baños, comodidades, reposo y cuanto iba pidiendo. Pasaron años, y él siempre sobre su obra sin concluir; un infolio enorme de papel blanco que se hizo encuadernar y pesaba treinta libras; estaba siempre, según decía, sobre su trabajo, que guardaba encerrado cuando salía de la celda.

Pero era glotón y un día pereció indigestionado. Al punto los frailes se lanzan sobre el cajón de su mesa, lo abren, sacan el mamotreto, y leen en su primera página: «De la vida, costumbres y manera de arreglarse y entenderse con los monacales.» Después... todo el tomo en blanco, menos la última página donde había estas palabras: «...Y en fin ¡qué piñata! que bien mirada y concienzudamente estudiada la cosa, resulta evidente que no hay manera de arreglarse ni entenderse con los monacales.»

Y eso digo yo, porque como el fraile del cuento lo tengo visto, al dar por terminada esta mi humilde tarea.

JOSÉ FERRÁNDIZ

¡Negocios, negocios!

Todavía hay quien toma en serio lo de la ley de Administración local y cree que el gobierno tiene interés en sacarla á flote.

Se necesita vivir en el limbo y ser completamente miope, para ignorar que el gobierno que padecemos, mero instrumento del elemento clerical, no tiene más programa que agenciar para los amigos y compañeros unos cuantos negocios, honestos y modestos del tenor siguiente:

1.º (Ya realizado). Monopolio de los azúcares para la Sociedad General Azucarera, empresa de Pidal y compañeros en clericalismo. Importe aproximado, 50 millones de pesetas anuales. Para más detalles, léase á Urzáiz.

2.º (En vías de realización). Adjudicación de la escuadra á la casa Vickers, que es la pantalla, y en realidad el grupo de Comillas, Güel, Arnús y otros *patriotas catalanes* entendidos con los Urquijo, Aldama, Pidal, etcétera, de Vizcaya y de por aquí; todos ellos, como se ve, liberales hasta la médula y amantes del progreso. Total para el país, 200 millones de pesetas tirados al agua.

3.º (En vías de intento). La ley de la Traslántica, ó sea regalarle á esta pobrecita empresa, durante veinte años, una subvención anual de 10 millones para prestar un servicio que, lo mismo para el pasaje que para la carga, lo prestan gratuitamente y mejor varias empresas nacionales y extranjeras.

Y otros de menor cuantía, como la intendida subvención á la Compañía Hispano-Africana, de Güel, el supuesto adeudo de intereses á las corporaciones religiosas, negocio también á la espera, etc.

Pero había que alborotar y distraer á la galería, y para eso se discurre lo de la ley del Terrorismo, la de represión del duelo y la de Administración local.

De ninguna de ellas se le importa un pito á Maura. En cuanto pase lo otro, dirá: «ahí queda eso». Y poco que se reirán á solas, él y los compadres, de la imbecilidad de los españoles.

Eso sí, como muestra de la revolución desde arriba y del saludable vigor de la moral conservadora, quedará el cierre de los teatros á las doce y media y la persecución del juego del burro en Barcelona.

¡Ah farsantes!

J. C. R.

Repito las gracias

Sr. Nakens: Yo soy anarquista, por que la explotación y la autoridad del hombre por y sobre el hombre, me son odiosas, y deseo una organización social más perfecta y justa que la actual. Pero no soy ni fanático, ni sectario, ni rutinario; y me considero tan libre de prejuicios, que hasta del «*prejuicio anarquista*» creo que estoy limpio. Y como, además, soy profundamente individualista, nada tengo que ver con lo que digan ó hagan otros, sean ó no de *mi clase*.

Asimismo, creo que pueden caminar juntos el anarquismo y la cortesía; como también es compatible ser anarquista y millonario.

En cuanto á que usted sea un *burgués odioso y despreciable*, podrán decirlo los granujas que, no teniendo talento para conquistar un puesto en el banquete de la vida burguesa, vienen al anarquismo á explotar desvergonzadamente á los cándidos y sencillos trabajadores que son anarquistas de verdad; pero estos últimos seguramente que lo tienen á usted, no por burgués, sino lo menos por medio-anarquista.

Y tengo para mí ¡tal vez esté equivocado! que si todos los burgueses fuesen como usted, el problema ó cuestión social iba á solucionarse muy pronto. ¿No le parece que podríamos llegar á un *arreglo*?

De lo otro, ni una palabra más.

Le admira y desea salud y libertad.

JOSÉ CHUECA

Zaragoza, Febrero de 1909.

Protesta femenina

Dijeron varios periódicos que un fraile había faltado en el Ferrol á una señora en el confesonario; hasta puntualizaban el hecho de si le había pedido un beso.

Las beatas de la población se indignaron, y con razón justísima, sobre todo las que confesaban con el fraile de autos. ¿Qué se diría de ellas si continuaban arrodillándose ante un confesor tan pedigrifeño? Se citaron, se reunieron, y sin discutir acordaron publicar el documento siguiente:

«Como cristianas henchidas de veneración hacia el Sacramento que se trata de ridiculizar en la campaña promovida estos días por algunos periódicos impíos que ultrajan á los Padres Mercedarios de Ferrol, protestamos con toda la energía de nuestra alma contra la calumnia lanzada sobre la honra de un religioso cuyas virtudes son la edificación de cuantos lo conocen, y cuyo celo sacerdotal no le permite reposo en las fatigas de su ministerio por el bien de las almas.

Protestamos contra ese desenfreno llamado malamente libertad de la Prensa, de que hacen alarde publicaciones sin moral y sin ley, que tienen á su arbitrio la honra de los ciudadanos, y aun la vida puesta muchas veces en peligro cuando aquellas azuzan á las fieras de su camada.

Reclamamos ante quien corresponda, para que se ponga de una vez término á ese abandono, por parte de la autoridad, en que se encuentran las personas perseguidas por la calumnia periodística, pues siendo tan pú-

blico y tan manifiesto á los que tienen la misión de velar por la sociedad, el atropello cometidos por los que hieren en la honra con esas hojas de papel, no se les detiene en el acto de cometer su crimen, como suele hacerse con el que infliere á otro una herida, menos dolorosa, con la hoja de su cuchillo, sino que se le consiente envanecerse de su delito y prepararse para nuevos atentados.

A los Rydos. Padres Mercedarios enviamos el testimonio de nuestra creciente respetuosa estimación, viéndolos objeto de persecución tan inicua y alevosa de los malos, señal que distingue al verdadero discípulo de Aquel que dijo: «Como á mí me persiguieron, así á vosotros os habrán de perseguir.»

Las Presidentas de las Congregaciones religiosas de Ferrol.

A continuación de la firmas de estas señoras iban las de todas las católicas de algún viso en el Ferrol, y...

Como ocurrírseme, se me están ocurriendo muchos, y sabrosos, y graciosos comentarios; más no quiero hacerlos, por... galantería.

Lo único que me permito decir, es esto: De ser yo marido de cualquiera de las firmantes, me hubiera escamado un poquito el verla salir tan decidida en defensa de la castidad de un fraile.

Y nada más.

IGUAL QUE EN FILIPINAS

La lectura del presupuesto que se ha confeccionado poco ha para nuestras posesiones de África pone tan de relieve la descarada protección que concede el Gobierno actual á la fraileocracia, que voy á presentar algunas cifras comprobadoras del contubernio monárquico-fraileño que Romanones y comparsa tratan de disimular.

El presupuesto de gastos que con destino á Fernando Póo y Annobon han tenido la osadía de redactar ó suscribir el ministro de Estado, asciende á 2.662.456 pesetas.

Con tan exigua cantidad hay que atender á los múltiples servicios que requiere un país completamente civilizado, como ya lo es aquél, y en donde hay obras públicas, ejército, marina, sanidad terrestre y marítima, Instrucción pública, recaudación de tributos, etc. La insignificancia que á cada uno de esos servicios le corresponde, dada la pequeña totalidad consignada, salta á la vista. En cambio, véase qué les concede á los frailes y monjas el Sr. Allendesalazar.

Por la Sección 3.ª (Gracia y Justicia), les regala lo siguiente:

	Pesetas.
Misiones de los P.P. del Inmaculado Corazón de María...	41.500
Subvención á las Misiones católicas de Bata.....	6.000
Y por la Sección 4.ª (Instrucción Pública), lo que sigue:	
Escuelas á cargo de religiosos (no dice de qué Orden).....	24.000
Subvención á las religiosas de Bata.....	4.000
Escuelas de los padres Misioneros.....	26.400
Id. Misión Católica de Bata.....	1.500
Id. á cargo de Religiosas.....	6.000
Id. id. id. de Bata.....	2.000
TOTAL.....	111.400

Es digno de notar lo indeterminadamente que figuran algunas consignaciones, no pudiendo saberse á qué Orden pertenecen los religiosos á que se favorece.

Es decir, que aparte de lo que privadamente perciben de los incautos que allí y aquí proveen espléndidamente á su bolsillo, el Estado les da una cantidad poco menor que la destinada á la Guardia colonial de nuestras posesiones, esto es, á los soldados que tienen la obligación ineludible de exponer su vida en defensa de la patria en un caso dado y servirla en todo momento.

¿No es esto seguir el mismo camino que en Filipinas?

¡Ni escarmentamos ni nos enmendamos!

Es, por tanto, cosa de preguntar si tardaremos mucho tiempo en perder también nuestras reducidas posesiones de África, costándonos sangre, dinero y acaso la ignominia del fusilamiento de algún otro Rizal. No nos faltaría en tan preciso momento otro *general cristiano* y financiero cual Polavieja.

R. DE G.

VIDA IMPOSIBLE

El pueblo de Utebo está completamente avasallado por el clericalismo; han acudido sus vecinos al diputado del distrito, un señor Jimeno Rodrigo, para que los ampare y defienda, y como si no.

El alcalde ha sido destituido por el gobernador civil de Zaragoza á pretexto de que no obliga al cierre dominical, pero en realidad porque no bautiza á sus hijos.

El juez municipal, impuesto por el arzobispo, no sabe leer ni escribir, y á la verdad no lo necesita, pues no da un paso ni toma la menor resolución sin consultar con el cura; éste se entera de los puntos que calza en liberalismo el demandado ó procesado, y con arreglo á este dato le aconseja.

Hace pocos días murió un niño, que debía ser enterrado en el cementerio Civil por no habersele mojado la cabeza; fué el cura á la capital, y el gobernador envió un telegrama al alcalde interino ordenándole que el cadáver fuese enterrado donde el cura quisiera.

Los que sostienen que no hay clericalismo en España, que se avecinden en Utebo, no vayan á la iglesia, y ya verán lo que es canela.

Aunque para estos efectos, casi todas las poblaciones de España se llaman Utebo

Las Compañías de Ferrocarriles

III

INEXACTITUDES, FALSEDADES Y FRAUDES

Según las primitivas disposiciones legales ferroviarias, que examina el Sr. Martínez en el segundo apartado de su folleto, á los cinco años de estar en explotación un ferrocarril, se había de proceder á la revisión de las tarifas.

Si los productos líquidos obtenidos en esos cinco años, había dado al capital un interés medio anual de 12 por 100, el Estado podía rebajar las tarifas, ó quedarse con la línea en propiedad, obligándose á pagar á los accionistas ese interés, hasta el fin de los noventa y nueve años de la concesión.

Van transcurridos de cuarenta á cincuenta años, de los noventa y nueve, y la revisión no se ha hecho, porque de las cuentas y balances de las Compañías resulta que ni han dado ni darán nunca las líneas productos bastantes para repartir anualmente dividendos de 12 por 100 á las acciones, ó dicho de otro modo, al capital social.

A esto dice el Sr. Martínez: «pero ¿puede tenerse confianza en esas cuentas y balances? Vamos á verlo.»

Y en este tercer apartado empieza la averiguación, por la Compañía del Norte, y por su balance de 31 de Diciembre de 1899, que es el primero de la Constitución, encontrando ya en este primer tapón las zurrapas que á continuación verá el asombrado y estupefacto lector.

Tenía la Compañía concesionaria disponibles, para irlos empleando en la ejecución de las obras y adquisición de material, á medida que fuesen necesitando, 380 millones, como capital de 200.000 acciones, suscripto totalmente; y concedida, como subvención directa, la suma de 215 millones, que iba recibiendo puntual y hasta anticipadamente, conforme iba haciendo las obras; de modo, que no sólo no estaba apurada, ni falta de dinero, sino que lo tenía de sobra, por cientos de millones.

A pesar de eso, aparece en el pasivo del balance una partida de 36 y medio millones de reales, por *obligaciones hipotecarias* emitidas y negociadas, lo que quiere decir que se recurrió al préstamo hipotecario innecesariamente, de lo que el Sr. Martínez deduce este cargo incontestable é ineludible: «Pues, si los recursos por acciones y parte de subvención cobrada del Estado solamente, excedían á los gastos de la construcción en 220 y medio millones, no hubo necesidad de emitir obligaciones hipotecarias, en mucha ni en poca cantidad; luego la partida de 36 y medio millones del pasivo, es una falsedad y un fraude, del cual sólo se aprovecharon los concesionarios.»

En seguida rechaza la partida de 173 1/2 millones de reales, figurada en el activo como importe de lo gastado en las obras de construcción hasta 31 de Diciembre de 1899, por estas razones, igualmente incontestables: esa suma es el 28'32 por 100 del coste presupuesto de la línea del Norte, que fué 613 millones; si efectivamente la hubieran invertido en obras y material, deberían haber cobrado el 28'32 por 100 de los 215 millones de la subvención, que importa 61 millones; pero sólo habían cobrado 14 millones; luego, (habla el amigo Martínez) los gastos de construcción, verdaderamente hechos, ascenderían, á lo sumo, á 60 millones de reales, resultando que en la cifra de 173 1/2 millones hay ciento trece y medio millones más de los realmente invertidos en obras y material hasta 31 de Diciembre de 1899.

Sigue el autor de tan importantísimo y transcendental trabajo en el uso de la palabra:

«El juego, prohibido, de los concesionarios, está descubierto ya en este primer balance. Consistía en ir figurando en el pasivo obligaciones que no hacían falta y con las que ellos solos se beneficiaban, contrabalanceando estos fraudes en el activo con partidas de gastos imaginarios. No hay necesidad, pues, de reducir aquí uno por uno los balances sucesivos, para ver el aumento que van teniendo cada año en el pasivo las obligaciones fraudulentas, y en el activo los gastos supuestos; pudiéndose pasar al balance de 31 de Diciembre de 1864, último del período de Construcción, en el que se encontrarán totalizados

«los resultados de la labor criminal de los concesionarios.»

Transcribe el balance de 1864 y empieza así a comentarlo: «Como se ve, las falsedades y fraudes de los seis años del período de Construcción, alcanzan proporciones formidables.»

Tan formidables y monstruosas, que no se comprende que atrocidades semejantes hayan podido estar CINCUENTA AÑOS ocultas a la perspicacia, sabiduría y celo de tantos gobiernos, tantos parlamentos y tantos funcionarios, técnicos y administrativos, como han intervenido en los asuntos ferroviarios, durante tan largo y aciago período, con la misión, el deber y la obligación de impedir que esas atrocidades se cometieran.

Luego demuestra, con las mismas cifras del balance y textos de las Memorias de la Compañía, que por confesión de ésta, la línea de Madrid a Irún, presupuesta en 613 millones de reales, pudo construirse, a todo coste, con 552 millones; y que como se entregó y fué recibida para abrirla a la explotación a medio construir, sólo se gastaron, cuando más, 400 millones de reales.

Lo que aparece gastado, en todos conceptos, en la construcción o primer establecimiento, sube a 1.290 millones, cuya suma del activo la constituyen, en el pasivo, las siguientes partidas:

	Reales.
Capital social (acciones)....	380.000.000
Subvención del Estado.....	215.000.000
Obligaciones hipotecarias...	591.000.000
Banqueros acreedores.....	104.000.000
TOTAL.....	1.290.000.000

Si los gastos supuestos y los recursos realizados para costearlos ascienden a 1.290 millones, y los gastos, real y verdaderamente hechos en la semi-construcción de la línea se prueba que a lo más llegaron a 400 millones, es evidente, de toda evidencia, que la cifra representativa de las malversaciones, fraudes y otros excesos será la diferencia entre ambas cantidades, ó sea 890 millones de reales, y añadiendo a ella 80 millones de beneficios de las secciones parciales de la línea, que se abrieron al servicio público durante la construcción, y que también dicen los concesionarios que fueron invertidos en gastos imputables a la cuenta de construcción o primer establecimiento, el total de gastos no justificados y de imposible justificación, asciende, en definitiva, a 970 MILLONES DE REALES, «cuya cifra (habla el Sr. Martínez), se descompone en las partidas siguientes:

	Reales.
Según sus balances, realizaron los concesionarios, por acciones y subvención del Estado, 595 millones de reales, y como sólo gastaron en la semi-construcción 400 millones, se embolsaron.....	195.000.000
Emitieron y negociaron durante la construcción obligaciones hipotecarias, con cuyo producto íntegro se quedaron, por valor de.....	591.000.000
Aparecen en el último balance de construcción banqueros acreedores, de quienes nunca recibió nada la Compañía, por valor de.....	104.000.000
Producto líquido de la explotación de Secciones, que dicen los concesionarios haber invertido en pago de intereses de obligaciones y acciones, etcétera, cuyo pago es inadmisible.....	80.000.000
IMPORTE TOTAL DE LOS FRAUDES DE CONSTRUCCIÓN EN 31 DE DICIEMBRE DE 1864.....	970.000.000

Aquí concluye el tercer apartado del folleto. Recomendando muy especialmente a los lectores que fijen su atención en lo que de él llevo publicado y en lo que publicará hasta terminar el extracto del mismo.

No se trata de armar ruido y escándalo; esta cuestión ferroviaria es la más grave y trascendental que se ha planteado y sometido al juicio de la opinión pública de España y del mundo entero desde hace siglos. Equivale a diez, a veinte Panamá.

Las razones en que me fundo para hacer esta afirmación las conocerán los lectores cuando haya terminado de publicar el extracto del folleto y dé a conocer las circulares con que su autor lo ha enviado gratis a todas las corporaciones de España, a la prensa de Madrid, a muchos senadores y diputados, y a los cónsules de las naciones extranjeras residentes en Madrid.

Estudiamos todos el folleto y hagamos de él la mayor propaganda posible.

Ahora, como siempre, a España, perdida por los poderes públicos y los políticos de todos colores, la salvará el pueblo. De los que la han perdido nada podemos ni debemos esperar.

Cuando Ciges Aparicio comenzó a publicar en *El Mundo* sus valientes artículos pintando los horrores de las Minas de Río-tinto,

no había aún comenzado a publicarse *EL MOTIN*.

Hoy, que tengo espacio para insertarlos, los iré dando todos, como prueba de los crímenes sin código que se perpetran en España y como demostración de que Ciges es un escritor independiente, valeroso y honrado.

RIO-TINTO

EN HUELVA

CONSEJOS.—EL MIEDO A LA COMPAÑÍA.—EL NUEVO GIBRALTAR.—CÓMO LAS GASTAN LOS INGLESES.—¡CUIDADO CON LAS FOTOGRAFÍAS!

Es un espíritu batallador y romántico el que conmigo departe a la puerta de un café cuando la noche va bien mediada. Acostumbrado a contemplar cara a cara los peligros, mira recto y firme. Su palabra vibra en la penumbra con plenitud y confianza.

—¿A Río-tinto? ¿Quiere ir usted a Río-tinto?... Tenga cuidado, sea prudente. Cualquier indiscreción le haría perder el viaje. La vigilancia siempre ha sido activa; pero desde el último hundimiento se ha extremado con el forastero. Pregunte poco. Escuche y observe. De nadie se fíe. Al ver a un extraño, no faltará quien le brinde amistad. Si le halagan y sonríen, desconfíe más; allí todos dependen de la Compañía y desearán explorar sus intenciones. Si de usted reciben, si creen que es usted periodista, le expulsarán al momento.

—¿Y sus amigos? ¿No podría recomendarlos a ellos?

Medita un momento, y dice:
—¿A quién? Son muchos los que protestan; pero me fio de pocos. Ni siquiera éstos tienen confianza en sus compañeros. Si le recomendará a algunos de los buenos, no escaparía a la mirada de los espías—calculase en cuatro o cinco mil los que la Compañía estimula,—y como más ó menos pronto se ha de saber que era usted periodista, el duro Virgilio que le sirviese de guía en aquel Infierno, sería perseguido, él y toda su familia. Sí, señor; la Compañía es dura é implacable, y sus golpes nadie puede pararlos. Un plazo de tres horas concede al minero que expulsa. Al que persiste en quedarse, le arrojan por la violencia fuera de la región minera. España sólo ejerce en Río-tinto nominal imperio: suelo y subsuelo, hombres y cosas, las autoridades mismas, dependen de los ingleses. ¿Comprende ya la dificultad de recoger informes en aquel sitio?

—Ya lo comprendo.
—Si pudiese acompañarle! Pero es inútil pensar en esto. No llegaríamos a las minas. Ni siquiera a vista de pájaro podría usted contemplar las calles hundidas.

Sonríe con leve complacencia y prosigue:
—Mentira parece que una Compañía tan omnipotente tema a un pobre diablo como yo! Si me viesen sacar billete, telegrafiarían al director de Río-tinto, y tenga la seguridad de que no llegaríamos.

—¿Le han expulsado alguna vez?

—Varias. Un día me condujeron entre carabinas a la estación algunas parejas de «guardiñas». (Pronto conocerá usted a los «guardiñas».) Mi último viaje ni siquiera pude rematarlo. En la estación telegrafiaron mi salida, y al llegar a la de Manantiales dijeronme que no podía pasar adelante. Protesté, y mis palabras se las llevó el viento. Si vuelvo a protestar, donde voy es a la cárcel. Detrás del tren que me conducía llegó otro de tráfico; quitáronle las vagones, enlazaron a la locomotora un coche de primera, metiéronme en él, y pidiendo vía libre me llevaron hasta el empalme de Niebla en una carrera loca, silbando y rugiendo la máquina y temiendo yo que en cada curva del camino quedásemos aplastados. Desde entonces, es inútil que pretenda ir a Río-tinto.

—¿Y harían lo mismo conmigo?

—Por qué no? ¿Quién había de impedirlo? Si en Huelva le reconociesen y sospechasen el motivo de su viaje, no llegaría al término.

—¿Y si es en Río-tinto donde me reconocen?

—Le llamará el alcalde y le dirá: «La Compañía vería con gusto que saliese usted inmediatamente de las minas...»

—Y yo me negaría a salir.

—Sería igual.

—¿Apelarían a la violencia?

—Si saben que le envía un periódico, se guardarán mucho. Probablemente, le llevarán al despacho del director:—«¿Qué dinero necesita?»—le dirán.

—¿Así?...

—Así. Crean en la omnipotencia del dinero, y se figuran que la visita de un periodista no reconoce otro motivo que la falta de dinero. Es natural; ¡son tantos!... Hasta se han fundado periódicos sólo para explotar a la Empresa.

—¿Es que a todos alcanzan sus dádivas?

—No; sólo teme a la Prensa de Madrid. Cuando hace poco se presentó en las minas el director de un periódico de esos, el de la Compañía lo entregó a una pareja de «guardiñas» para que lo embarcasen en el primer tren, y que lo arrojasen en Niebla. El pobre hombre iba tan exhausto, que pidió las pesetas necesarias para sacar billete en el Empalme, y ni siquiera para billete le

dieron... Sin embargo, la Compañía es muy espléndida, y nada escatima cuando el dar vale la pena. Dígame, pues, que si le conocen le ofrecerán dinero. En usted está el aceptarlo ó rechazarlo. Con dinero ó sin él, festejado ó conducido entre «guardiñas», saldrá en el primer tren, si no es que previenen uno para que le transporten al Empalme en veloz carrera.

—Es raro que a usted no le hayan ofrecido...

—Le diré. He procurado eludir las ocasiones. Frecuentemente es el alcalde—empleado siempre de la Compañía—el que se encarga de esos tratos. Cuando los obreros aun estaban organizados, fui a celebrar un mitin. El alcalde me llamó amistosamente a su casa, pero me negué a acudir, invitándole a conferenciar en el Centro obrero. El alcalde acudió. Yo tuve buen cuidado de no estar solo, y al encontrarme ante testigos, el representante de la autoridad y de la Compañía se limitó a hablarme de cosas indiferentes... No me han ofrecido dinero; pero por no aceptarlo me hacen el daño que pueden.

—Se le ocurre darme algún nuevo consejo?

—Sí; el último. Absténgase de llevar máquina fotográfica. Los lugares hundidos están bien vigilados, y por todas partes verá guardias y «guardiñas». Si intentase sacar alguna vista le romperían la máquina. Es orden severa del director. Usted podría solicitar luego que le indemnizasen del daño. No le regatearían, esté seguro. Pagaríanle doble, triple de lo que el aparato valiese, y en seguida le conducirían a Niebla...

M. CIGES APARICIO

¡Cuidado, no molestar!

A B C del día 4 recomienda que se deje estar lo de la Vasco-Castellana, porque es lamentable traer a colación el pasado de esa y otras Empresas y otros Consejos de Administración. Vamos, que quede todo calladito y tapadito; ¿no es eso?

Y los pobres obligacionistas estafados, que se fastidien; y en cambio que sigan ocupando sus altos cargos y disfrutando toda clase de respetos y prebendas los que por acción ó omisión fueron causa de la estafa.

No, eso no; que se revuelva toda la basura que sea necesario, aunque huela mal para ciertos olfatos hipócritas, y caiga el que caiga.

En Francia, cuando lo de Panamá, fué a presidio un ministro, Bihont, y cayó hasta el gran Lesseps; y por el miserable asunto de las condecoraciones, en que nada tenía que ver, tuvo que bajar de su alto puesto el austero Grevy, presidente de la República.

Verdad es que en Francia son unos pícaros herejes, y aquí somos todos muy cristianos, muy honrados y muy caballeros; pero se comete una estafa y no hay forma de saber quién la ha cometido, ni menos se castiga a nadie.

Eso sí; de presidio no escapa, si se deja cojer, todo el que por hambre quiza y aún exponiendo su vida, se lanza a turbar la tranquilidad de los caminos.

PIEBRE DE NEGOCIOS

Así titula *El Correo* a un bravo artículo que ha publicado llamando la atención acerca de los manejos que ciertas gentes se traen entre manos para acabar de chuparle los tuétanos al país. Oigamosle:

«La fiebre de negocios lleva trazas de no concluir.

En poco tiempo se han señalado el de los azucareros, el de los «acaparadores de alcohol, el de los fabricantes de duros falsos, el de los ferrocarriles estratégicos y secundarios, el de los puertos de Cádiz y Ceuta, el de las redes telefónicas y telégrafo sin hilos, el de la escudra, el de los seguros, el de la reforma de Barcelona, el de las pompas fúnebres y traslación de cadáveres en Madrid, y tantos más que escapan a la memoria, aunque sólo nos referimos a aquellos en que ha intervenido el poder público para imponer solución determinada.

En puerta están las municipalizaciones de servicios preparadas para en cuanto el Parlamento dé su aprobación al proyecto de Administración local, las comunicaciones marítimas, los créditos de las comunidades religiosas...

Pero por lo visto no son todavía bastantes, y de nuevo se oye hablar de otros negocios en gestación, alguno tan extraordinario como el del catastro. Tres son los que se citan ahora como más inmediatos: el de las cerillas, el de las carnes y el del catastro.

Respecto al de las cerillas, (desde aquí extracto), dice un periódico de Galicia que producirá al Estado diez millones de pesetas, que el capital que se emplea en la explotación retribuirá de 9 a 10 por 100 de beneficio líquido anual, y que el Sindicato está representado por un título de Castilla (la revista semanal *La Ley* cree que se alude al marqués de Riestra, residente en Pon-

tevedra y que ya tuvo participación muy principal en la Compañía que hasta hace poco explotó el mismo negocio.)

Tocante al negocio de la carne, dice la revista de la Coruña, *Prácticas Modernas*, que no será menos lucrativo ni escandaloso que el azucarero; que en este trust entran hombres de negocios, políticos y periodistas; y que si no funciona ya, es porque choca con otro trust pequeño, otra institución nacional que tiene fuertes socios políticos, los mataderos públicos de las grandes plazas de consumo; pero que, como se trata de un negocio espléndido que puede producir mucho más que el de la azúcar, lo probable, lo casi seguro es que pronto se pongan todos de acuerdo y el día menos pensado veamos, fabricada una ley, dar a luz una real orden, que será la madre del negocio. La partida del arancel aparece ya arreglada expresamente para este objeto.

Y en cuanto al catastro, el plan es este: formar una nueva Tabacalera, Azucarera ó Banco de España que, mediante una enorme suma de millones, se encargue de formar el catastro.

El negocio es éste: la Sociedad recibirá del Estado unos cuantos millones anuales, un nuevo artículo que se abrirá en el presupuesto para no cerrarse nunca, y, por otra parte, pondrá a contribución toda la propiedad rural que defrauda hoy al Estado, la cual, por medio de un abono especial, se verá garantizada de no ser jamás molestada. Los ingresos a que va a dar lugar este nuevo negocio son colosales y se repartirán entre la gente de siempre. Claro, para un engaño-bobos se emplearán un puñado de técnicos de los que viven hoy rascando papeles ó gastando suelas, que pasarán la vida molestando a los pequeños propietarios de toda España, y principalmente del Norte. Y como el catastro de esta clase de propiedad es muy difícil, viene muy a pelo, pues cuando parezca que el trabajo debiera concluirse dentro de veinte ó treinta años, la Sociedad del catastro dirá que es tal el cambio que ha sufrido la pequeña propiedad, que el trabajo hecho resulta inservible y es preciso volver a comenzar. Pasará lo que pasó corrientemente en nuestros arsenales, en los cuales al concluir la cubierta de ciertos buques, se notó que la quilla y los fondos estaban podridos y era preciso volver a comenzar.

Y termina *El Correo* de este modo:

«Cuando todo esto anda entre manos, ¿se puede creer en esos grandes debates parlamentarios con que la plana mayor de los elementos gobernantes obsequia, con frecuencia tanta, a la masa ingenua de los partidos y del país?

Las sesiones «memorables», las sesiones «patrióticas», no son más que ruido y humo. La verdad, la sustancia está en otras cosas bien distintas que la buena fe suele pasar por alto sin comprenderlas.

Sí, tiene razón, mucha razón... Así como se engaña al toro con la muleta para darle la estocada; así se distrae la atención del país con simulacros de reñida lucha entre los partidos de turno. Y cuando pasada la fingida efervescencia se fija un poco, advierte el país que se ha creado un monopolio nuevo, que el presupuesto de gastos ha aumentado en unos centenares de millones y que los impuestos han subido.

Y se encuentra con algo peor; con que casi todos callan ante esas grandes inmundicias, ó hacen el vacío al que habla de ellas; esto cuando no se le combate de una manera indirecta. Un ejemplo reciente:

El autor del folleto sobre ferrocarriles de que en otro lugar me ocupé, envió a estas partes; a todas las Corporaciones de España, a la prensa de Madrid, a muchos senadores y diputados y a los cónsules de las naciones extranjeras, aquí residentes. Silencio todos; el que más hizo una leve indicación de que se había publicado. Ha sido preciso que viniera a mis manos, para que llegase lo que dice a conocimiento del público. Y el asunto creo que merece la pena de fijarse en él.

Por esta razón, por que la mayoría calla, admiro a los que, como *El Correo*, llaman la atención del país sobre estas cuestiones y contribuyeron a que se difundiera lo que escriben, en la forma mezquina que puede hacerlo un periódico semanal.

Bibliografía

La popular casa editorial F. Sempere y Compañía, de Valencia ha publicado cuatro nuevas obras.

Miedo, por don José Francés. Libro de los que se leen con gusto, por que franceses es de los autores que saben hacer sentir y pensar.

La Humanidad y la patria, por don Alfredo Naquet, traducción de F. Candamo.

Es más conocido Naquet como sabio polemista que como gran razonador y excelente literato. La obra que nos ocupa estaba traducida a todos los idiomas, excepto al español.

Las nuevas tendencias literarias, por Manuel Ugarte. En la crisis actual de la literatura hispano-americana son muchos los escritores de nombrada que han intervenido. Ugarte ha tratado brillantemente en la cuestión y ha querido, que su obra la editen los señores Sempere y Compañía, cuya casa es el lazo de unión entre los literatos de España y Sur-América.

Todas estas obras llevan en la cubierta el retrato del autor y se venden a peseta el tomo en todas las librerías.

EL CONCORDATO DE 1851

PARA M. ALVAREZ (1)

(2.º)

OBISPOS EXENTOS

Capellán mayor del Real palacio y Vicario general de los Ejércitos de mar y de tierra.

SUPRESIÓN

Se suprimirán y quedarán convertidos en Colegiatas, con Abad mitrado, los obispos de Albarracín, Ceuta, Ibiza, Tenerife, Ciudad Rodrigo, Tudela, Basbastro y Solsona.

Solsona y Barbastro, han sido ya restablecidos, á petición de los respectivos rebanos, por León XIII, tan infalible como Pío IX, que los suprimió. Y el de Ceuta, se ha restablecido también por Pío X, no en Ceuta, sino en Tánger, en previsión de que Tánger será nuestro antes del Día del Juicio final. Y he aquí otro desgarrón (el núm. 2), al irremediable Concordato.

COLEGIATAS

Se conservarán: Las de Covadonga, Roncesvalle, San Isidro de León, San Ildefonso, (La Granja), Sacromonte (Granada), Alcalá de Henares y Jerez de la Frontera. 7

NUEVAS

Se establecerán en los ocho obispos suprimidos y en todas las capitales de provincia en que no resida obispo. (Son éstas: Bilbao, San Sebastián, Logroño, Albacete, Guadalajara, Alicante, Castellón, Cáceres, Murcia, Huelva, Pontevedra y Soria). 20

Total. 27

CAPILLAS REALES

Se conservarán: La del Real palacio (en la Capilla de Palacio). La de Reyes, en la catedral de Toledo; la de Muzárabes en id.; la de San Fernando en Sevilla y la de Reyes católicos en Granada. (Para estas capillas innecesarias, se presupuestan 25.000 duros.

CABILLOS MITRALES

Toledo (2). Dignidades. 6
Canónigos de oficio. 4
De gracia: capitulares 28
Para las Reales cap.ª 4
Beneficiados. 24
Cada uno. 66

Sevilla y Zaragoza. Dignidades. 6
Oficio. 4
Cap.ª real (Sevilla). 2
De gracia. 28
Beneficiados. 24
Total. 64

Tarragona, Valencia, Santiago y Granada. Dignidades. 6
Oficio. 4
De gracia. 26
Beneficiados. 20
Total de cada uno. 56

Burgos y Valladolid. Dignidades. 6
Oficio. 4
De gracia. 24
Beneficiados. 20
Cada uno. 54

Barcelona, Cadiz, Córdoba, Málaga y Oviedo. Dignidades. 6
Oficio. 4
De gracia. 20
Beneficiados. 16
Cada uno. 46

León. Dignidades. 6
Oficio. 4
De gracia. 16
Capilla real. 2
Beneficiados. 16
Cada uno. 44

Badajoz, Calahorra, Cartagena, Cuenca, Jaén, Lugo, Palencia, Pamplona, Salamanca y Santander. Dignidades. 6
Oficio. 4
De gracia. 18
Beneficiados. 14
Cada uno. 42

Almería, Astorga, Avila, Canarias, Ciudad Real, Coria, Gerona, Guadix, Huesca, Jaca, Lérida, Mondofedo, Orense, Orihuela, Osma,

(1) Y se le ruega dé un paseito por los Cotos redondos.
(2) El personal de una Capitanía general, es de 10 á 12. Y el de un Gobierno militar, de 3 á 4. Compárense. El Ejército vaticanista, frailes, monjas, Ordenes militares, Cruz Roja, cofradías, etc., suma 285.000 según cálculo. El Ejército español, 100.000.

Plasencia, Segorbe, Segovia, Sigüenza Tazón, Tírol, Tortosa, Tuy, Urgel, Vich, Vitoria y Zamora:

Dignidades. 6
Oficio. 4
De gracia. 16
Beneficiados. 12
Cada uno. 38

Menorca. Dignidades. 6
Oficio. 4
De gracia. 12
Beneficiados. 10
Suma. 32

Madrid. Dignidades. 6
Oficio. 4
De gracia. 24
Beneficiados. 20
Suma. 54

Cap.ª de Palacio
Vic.ª castrense. No se fijó el personal...

COLEGIATAS (27)

Abad mitrado. 1
Canónigos de oficio. 2
De gracia. 8
Beneficiados. 6
Suma. 17

Nota.—Las vacantes se pagan como cubiertas.

FRAILES

El gobierno de Su Majestad católica de España sostendrá las Congregaciones de San Felipe Neri y San Vicente de Paul, y otra que designará Su Santidad.

Esta otra fué un portillo hábilmente practicado en el infalible Concordato; portillo por el cual han entrado más de 100, y siguen entrando. (Y tenemos el desgarrón número 4.)

Y si esto ocurre con las Congregaciones, ¿qué ocurrirá con el número y límites de las poblaciones que forman los Cotos? Cotos que, para el mejor servicio de Dios, quedaron sin acotar.

SEMINARIOS

El gobierno de España establecerá Seminarios generales (no se dice cómo ha de ser esta generalidad). Y mientras los establece, sostendrá uno en cada diócesis de las que se conservan, y una también en cada colegiata de las diócesis suprimidas. (Así, hasta en las suprimidas.) Y aquí resulta otro desgarrón (el 5 al indegarrable Concordato.) Para esta atención entrega el Estado á la autoridad eclesiástica 12.000.000 de reales. Una friolera.

SONIDOS CON MAL SONIDO

Seminario... Seminario... Me suena mal Seminario en materia de enseñanza, pese á las lumbreras á quienes suene bien. Seminario, sementera, sementales, etc., son derivados de semen. Y significan, si ustedes no lo toman á mal, semillero, lugar donde se reproduce la especie. Y como en el Seminario no se reproduce la especie, pues su labor se concreta, como en todos los centros de enseñanza, á cepillar al individuo más ó menos pulidamente, de aquí que me suene mal... Seminario.

Y me suena casi tan mal Seminario como hombre alfabeto y hombre analfabeto, aunque suene bien á los Costa, Alvarez, Ricardos y demás sabios. Porque si al que conoce el alfabeto le llaman alfabeto, al que conoce el melón le llamaremos melón. Y así hasta el infinito. El nombre sirve para distinguir las cosas unas de otras; luego cosas distintas no pueden tener igual nombre. El que conoce las letras es letrado; pero para que no se resienta la clase, llamémosles alfabetados é inalfabetados. Analfabeto no es el negativo de alfabeto, señores lingüistas.

MERCURIO

ANDANDO POR MADRID

Todos los días, cuando desde las oficinas nos dirigimos á casa, vienen en la misma plataforma del tranvía tres ó cuatro carteos con los pesados fardos en que llevan la correspondencia.

Preguntamos adónde se dirijan, y nos contestó uno de ellos: «Yo voy al Pacífico, y tengo que hacer cuatro veces al día este recorrido, porque vivo frente á la Estación del Tranvía.»

Esto nos hizo pensar en la complicación actual del servicio, cuando podría hacerse con gran comodidad y economía.

Puesto que todos los tranvías pasan por la Puerta del Sol, y llegan á los barrios extremos, sería muy sencillo colocar en la parte anterior unas cajas que contuvieran la correspondencia; los carteros esperarían en las paradas, retirarían las balijas, y harían el reparto con mucha comodidad.

Este servicio podría completarse con un buzón en cada tranvía semejante al que llevan los coches-correos del ferrocarril, y el reparto del servicio interior, que hoy tarda veinticuatro horas ó más en ir á Prosperidad.

Guindalera, Cuatro Caminos, Pacífico, Ventas, Bombilla, Carabanchales, etc., podría hacerse en poco más de cuarenta minutos que tardan los coches en recorrer estos trayectos.

En los límites de cada línea podrían instalarse unos kioscos, semejantes á los que hay en París para controlar los billetes de correspondencia, que servirían de salas de espera ó despacho del empleado de Correos, que recibiría la correspondencia, y haría el reparto con uno ó dos chicos.

Se economizaban con esto grandes recorridos á los repartidores de cartas y telegramas; á las Compañías les producía poco gasto, y podrían cobrar una cantidad pequeña por este servicio, que beneficiaría por igual al Estado, á los particulares, á las Compañías y, sobre todo, á la modesta clase de repartidores, que ganan poco, trabajan mucho y cumplen su cometido con escrupulosidad.

Y ya que de tranvías hablamos, ¿no podría estudiarse el medio de que llevasen en él algunos bultos, como herramientas de oficios, cestas, etc.? Seguramente la mayor parte de los que esto lean habrán visto en Bilbao unos coches más pequeños, remolcados por el mismo tractor, que tienen dos ó tres pisos, á manera de estantes, en los cuales se colocan todos los objetos que llevan los viajeros que van en el primer coche. Cobraría la Compañía por llevar este equipaje, y el viajero lo pagaría con gusto por la comodidad que le reportaría.

¿Que estaría feo? Ya se pondría de acuerdo la estética con la utilidad. En los techos de los coches nada va; con poco gasto se haría una escalera y una barandilla limitando el espacio que podrían ocupar los bagajes, y creemos que su coste remuneraría con creces á la Compañía, que podría cobrar el transporte utilizando un espacio que hoy nada le produce.

JUAN PÉREZ

Miscelánea

«Antes que te cases, mira lo que haces», y antes de votar, examina bien el candidato, la candidatura y las manos del presidente.

—Los que estáis llamados á dirigir y gobernar, procurad ser parcos en prometer y pródigos en el cumplir, si queréis asentar sobre sólidos cimientos vuestros prestigios personales.

—No deis jamás una satisfacción á vuestro enemigo vencido, que producir pueda una decepción ó un desencanto á vuestro aliado vencedor.

—Quos Deus vult perdere prius dementat: Como cegó y volvió loco de remate á los solidarios el día tristemente célebre del *banquete de la Victoria*, en el que, ébrios de entusiasmo, rebosantes de soberbia y borrachos de champagne fueron á insultar y provocar á pacíficas mujeres y débiles criaturas á la Fraternidad Republicana de la Gran Vía, después de haber ofendido á la patria por las calles.

Los días de nuestros triunfos son días de paz y satisfacción en los hogares domésticos; de regocijo y alegría en las reuniones, banquetes y veladas; de exaltación, entusiasmo y comedimiento en la vía pública.

—Los mejores frutos de la victoria memorable del 13 de Diciembre último los gozarán principalmente nuestros ciegos enemigos los burgueses solidarios, cuyo triunfo completo hubiese implicado su perdición y acaso la ruina de la comarca entera. ¡Tal iban poniéndose las cosas! Y si no, que lo diga el actual vicepresidente de la Diputación provincial de Burgos.

—Si quisiéramos parodiar la ridícula teoría del doctor Robert acerca de los cráneos catalanes de *fabricación especial*, tendríamos que decir que á los solidarios y catalanistas se les ha evaporado el fósforo y los sesos se les han bajado á los talones.

—Los solidarios catalanes despreciaron al tirano, y lo reverenciaron y agasajaron; denostaron al Centro, y lo adularon y lamieron; desdeñaron á sus hermanas, y sin ellas no podrían vivir; ultrajaron á la patria, porque no la sienten; injuriaron, calumniaron y maldijeron de Lerroux, y sin Lerroux esto era un cementerio político y acabaría por ser un cenobio social.

Barcelona.

GABINO RONDA

Librepensamiento en acción

Actos civiles realizados en Barcelona y su comarca desde 1.º hasta 31 de Enero próximo pasado.

Día 1.º.—Entierro de don Antonio Escofet y Escofet.

3.—Es inscrito un niño, hijo de Francisco Vicens.

10.—Idem un niño, hijo de Vicente Pérez y Antonia Oliván.

12.—Entierro de doña María de la Luz Bastida y López.

15.—Inscripción de una niña, hija de Antonio Herms.

16.—Entierro del niño José María Martín.

17.—Idem de don Joaquín Campos Julián.

—Inscripción de una niña, hija de Enrique Font.

20.—Entierro de doña Raimunda Marín Aleandre.

—Idem del niño Agustín Gallinat.

—Inscripción de una niña, en el Juzgado municipal de Rubí, hija de Gabriel Boladeres, próximo pariente del noble Palet.

21.—En el Juzgado municipal de Horta la inscripción de un niño, hijo de Andrés Grau.

—Entierro de don Pedro Gallen.

—Inscripción de la niña María Antonia Paretas.

23.—Entierro de Enriqueta de la Fragua.

26.—Idem de don Antonio Roig, entusiasta radical.

30.—Casamiento de Giordano Brotons y Elena Manonellas. Actuaron como testigos don Carlos Curé y el periodista señor Vinaixa.

31.—Entierro de Pilar Campos.

—Inscripción de un niño, hijo de Julio Lizano.—José Bartolo.

En el año 1908 se han celebrado en San Vicente de Alcántara (provincia de Badajoz) 56 actos civiles, clasificados por este orden: inscripciones de nacimiento, 9; matrimonios, 3; entierros, 44.

Así se demuestra la verdad de una opinión, más que con todos los discursos. Sirva de ejemplo esta lista á esos Melquiades que van colorreando por España con la palabra anticlericalismo en la boca y no se atreven á decir si son católicos ó no, aunque se lo pregunten obispos y seglares.

Actos, actos, y no palabras, se necesita aquí; para vergüenza de la charlatanería empingorotada, los que menos pueden son los que los ejecutan.

¡Oh, «qué buen vasallo es el pueblo si oviese buen señor!»

Los santos calumniadores

En púlpitos, confesonarios y libros devotos se hace gala de un horror profundo á todo lo que huela á traspasar el octavo mandamiento del Decálogo, que veda la mentira, la calumnia y el falso testimonio. Y, sin embargo, en ningún sitio se injuria, miente y calumnia más que en los púlpitos, confesonarios, libros místicos y periódicos clericales.

Desde eso que llaman *cátedra del Espíritu Santo* se está continuamente gritando toda clase de insultos, diatribas y dicerios contra los liberales, la prensa impía y los hombres que tienen el valor suficiente para descubrir ante el pueblo los secretos del santuario, que el vulgo sólo conoce de telón afuera. Yo he oído decir mil veces que están excomulgados todos los que leen periódicos liberales que no se puede lealmente saludar, invitar ni visitar á nadie que profese ideas liberales; que el hacerles todo el daño posible es obra buena y meritoria; que se les debe sitiar por hambre; que no se les debe reconocer jamás talento ni otra cualidad relevante, y que es laudable y hasta *crisiano* quitarles santamente de enmedio del modo que se pueda.

Estas exhortaciones sanguinarias y persecutorias de los clericales son ya muy antiguas, y la Historia está saturada de luctuosos ejemplos que lo confirman. Por ellas se llenó de cadáveres la isla Terceira, sujeta á Portugal, en nombre del prior de Ocrato; ellas inspiraron las horribles represalias contra Pombal, el atentado contra José de Braganza, como habían manchado antes con la sangre de D. Sebastián los campos del Arache. Ellas realizaron los degüellos de San Bartolomé y las *Dragonadas* de Cevennes, y por ellas salieron á la luz aquellos monstruos que se llamaron Clemente, Barriere, Chatal, Ravallac y Damiens. Ellas asesinaron á Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange; fraguaron en Londres la conspiración de la pólvora contra el rey Jacobo, como antes habían llenado de celadas y *complots* el reinado de Isabel de Inglaterra, como azuzaron después al duque de York contra Carlos II, hasta que refrenó las audacias clericales la poderosa mano de Cromwell.

Mientras subsistió el funesto dominio temporal de los papas, Italia entera estuvo amenazada de muerte y en continuas zozobras y discordias intestinas que avivaban los curas y frailes desde el púlpito.

¿Por qué se expulsó de España á los moriscos? Porque el clero y sus adeptos lo pidieron. ¿Por qué se realizaron aquellas sangrientas cacerías de judíos en la antigüedad? Porque el clericalismo sembraba la calumnia en torno de ellos, acusándoles de sacrilegos, asesinos de niños y profanadores de hostias consagradas. Bien claro se vió en el proceso Dreyfus la mano del jesuita Du Lac, y ahora en el reciente atentado contra Fallières en París se ha demostrado como la luz del día que los nacionalistas ó *amarillos*, es decir, los clericales, habían estado

cebanda y regalando al canalla que pretendió estrangular al presidente de la república.

Los curas y los frailes fueron los que en tiempos de Napoleón opusieron en España la valla más formidable a la cultura que con sus alas de oro seguía a las huestes del gran conquistador. ¿Por patriotismo? No; por refinada malicia, pues sabían que el emperador francés ataba corto al clero y que la Inquisición sería abolida enseguida, como así fué. Los clericales tildaron de borracho a su hermano José, siendo los autores del mote de *Pepe Bot-llas*, que le adjudicaron, cuando constaba que era abstenido por naturaleza y que jamás gustó una gota de vino. Verdad es que también dijeron que era tuerto y no había tal cosa.

¿Cuánto no calumniaron los curas al general al Riego! Y ¿qué le llevó a la horca sino las manipulaciones de sacristía? Infinitas fueron las calumnias que la gente de Iglesia vomitó contra Prim, como antes las había lanzado contra la reina Cristina, contra su hija Isabel II y después contra Amadeo de Saboya, a quien los curas hicieron encarnizada guerra.

Cuando el rey Alfonso XIII pensó en casarse con la reina actual, *El Siglo Futuro* estuvo durante muchos días publicando una serie de artículos que tituló «Battenberqueo» y donde ponía a los ascendientes de la soberana actual como a un trapo. Nadie le tapó la boca, y la clérigalla los comentaba con fruición. Si en lugar de Nosedal hubiera sido un liberal el autor, a estas horas estaría pudriéndose en presidio.

No digamos nada de lo que hizo el clericalismo con Castelar: sólo porque vivió célibe le pusieron que no había por dónde cogerlo. Castelar llegó a tener miedo al clericalismo, y en el ocaso de su vida concurría al coro con los canónigos de San Isidro de Madrid.

Bien recientes están las groserías dirigidas por los curas a Galdós, Dicenta, Canalejas, Vierge, Benavente, los Quintero y a todos los escritores que han sacudido su yugo.

Cuando la Pardo Bazán escribió *San Francisco de Asís* todo era vida y dulzura; después, cuando se hizo discípula de Balzac y Zola, era ignorante, marimacho, piagiaría y su hogar un foco de corrupción.

Es el eterno sistema del clericalismo: mientras una inteligencia está uncida a su carro, aunque sea un percebe, es la gloria más acrisolada; si se emancipa, si rompe sus odiosas cadenas, en un instante le adjudicarán la posesión de todos los vicios y mancillas.

El púlpito, el confesionario y la prensa han sido para los curas fecundo arsenal de calumnias. Entre mis notas figuran casos espantosos que trajeron consecuencias muy trágicas; hubo víctima a quien le costó la vida. Ya saldrá a luz algún día.

Y ¿quién osa bucear en ese mundo tenebroso de intrigas que se llama confesionario? ¡Cuántos divorcios, disensiones conyugales, pérdidas de honra e intereses han tenido allí su germen y foco corrompidor!

De los periódicos clericales no hablemos. Sus plumas están mojadas en hieles de odios, envidias y venganza, y por todas sus columnas aletea un hedor de calumnia y difamación que causa náuseas y entristece el ánimo. Con las calumnias que han vertido *El Siglo Futuro*, *El Correo Español*, *Revista Popular*, *Correo Catalán*, *Semana Católica*, *Universo*, *Lectura Dominical*, etc., etc., habría para formar una columna que atravesaría las nubes.

El lenguaje cínico é insultante ha sido siempre genuinamente clerical. Bien es verdad que los libros que leen esas gentes, y con cuyas lecturas se forman y educan, están saturados de estas palabrotas. Las obras de mística, de religión y moral relatan mil ejemplos y casos de la más grosera sensualidad, y los libros de texto que estudian los curas hacen palidecer los relatos de Aretino y Bocaccio, subvencionados y elogiados por los papas.

¿Qué libro pornográfico de esos que persiguen los gobernadores puede compararse en refinamiento sensual a la célebre *Llave de oro* del P. Claret? ¿Y dónde me dejan ustedes el *Homo Apostolicalis* de San Alfonso? ¿Y los *Casos matrimoniales* de Sánchez el jesuita?

En 1664 y 1665, por no citar otros casos, el fraile carmelita Jacobo Vernaut y el jesuita Moya, confesor de la reina de España, publicaron dos libros tan asquerosos y repugnantes, que la Sorbona de París los condenó; y qué tales cosas referirían, que al redactar la censura los jueces no se atrevieron a traducirlas al francés, ni siquiera al latín. Sin embargo, el Papa Alejandro VII salió a la defensa de los autores en un Breve. En 1728, el jesuita Berruyer, publicó una *Historia de Moisés*, tan inmoral, cínica y disoluta, que hubo que quemarla a toda prisa.

En suma, que la famosa frase de calumnia, que algo queda, se profirió para los clericales, que son sus más entusiastas propagadores.

FRAY GERUNDIO

REMEMBRANZA

SUMISION Y CORTESIA SINODALES

Seguidamente a la irrupción de los Bárbaros, la teología invadió el mundo de las in-

teligencias. La ciencia profana desapareció, y como el sacerdocio era el depositario de la única actividad intelectual, de aquí su absoluto predominio en todos los órdenes de la vida.

Esa dominación se preparó lentamente en los largos siglos que separan el mundo antiguo de la Edad Media. No bien establecidos los Bárbaros en las Galias, ya un Concilio preceptuaba la sumisión y cortesía al clero.

Veamos lo que disponía en el capítulo 15 el Concilio de Macon celebrado el año 585:

«Si un paisano encuentra un cura, debe mostrarle la deferencia más humilde, porque es justo que el paisano honre a aquel por ministerio del cual ha logrado entrar en el seno de la Iglesia. Si el paisano y el cura van a caballo, toca al primero el descubrirse y el saludar al otro. Si el cura va a pie, el paisano debe apearse del caballo para demostrarle su sumisión».

El sínodo del referido Concilio católico de Macon añade que el Espíritu Santo es el que ha dictado ese decreto.

Por lo tanto, la sanción penal del que no se descubra ó no se apee en circunstancias tales, se hará efectiva en la vida perdurable.

Y desde luego muchos serán los incurros, porque pocos son los que en la actualidad se atienen a la letra del Concilio de Macon.

FRAILOFOBIA

El monaquismo, en la Edad Media, tiene su gran defensor en San Bernardo. Este perseguía con sus invectivas a los que se atrevían a apartar a un cristiano del claustro y les comparaba con la serpiente que sedujo a Eva: «¿No basta el diablo, escribía, para perder a los hombres? ¿Han de venir en su ayuda los discípulos de Cristo? Llorar por un hijo que entra en el convento, es llorar porque el hijo de Satanás se ha convertido en hijo de Dios: ¡eso es una locura, es una crueldad, es un crimen!» («San Bernardo. Epístola CCXCII».)

Citemos la carta que escribió San Bernardo en nombre de un novicio a sus padres, que se oponían a sus deseos:

«Vosotros no sois mis padres, sois mis enemigos. ¿Qué he recibido de vosotros sino pecado y miseria? No basta, desdichados, que hayáis traído a un desgraciado a esta vida de desventura; no os basta, pecadores, haber engendrado a un pecador en el pecado, para que todavía me envidiéis la gracia divina que me salva de la muerte y pretendéis hacerme siervo de la gehena.» («San Bernardo. Epístola CXI».)

A pesar de su autoridad y su elocuencia, no siempre lograba San Bernardo vencer la oposición de un padre ó de una madre; y entonces le inflamaba una santa cólera y parecía el juez eterno que fulminaba su pladosa ira contra los culpables. Escribía a un joven que había dejado el monasterio a instancias de sus padres: «Dios te había llamado a sí y tú le abandonas para seguir al diablo. Tus padres te arrojan a las garras del león, te sepultan en los abismos de la muerte; los demonios te esperan, prontos a coger tu presa.» («San Bernardo. Epístola CXII».)

¿Qué dicha si todos los hombres hubieran tenido de la vida igual concepto que el vehemente San Bernardo! La moderna sociología no existiría, porque... la sociedad humana hubiera finado al declinar la Edad Media.

GALIMATIAS RELIGIOSO

Si la Iglesia fuese de origen divino, nada tendríamos que oponer a sus dogmas é instituciones; serían perfectas estas últimas como obra de un Dios absolutamente perfecto, y los dogmas claros como la luz.

No podríamos negar la verdad patente de los misterios, que entonces no serían misterios, ni destruir un átomo de las santas instituciones; porque la obra de un Dios absolutamente poderoso, sería indestructible. Suponiendo que exista un Dios y que las instituciones sagradas sean obra suya.

Yo no estoy por la negativa... ni por la afirmativa; fáltanme suficientes medios de prueba para la afirmación y los tengo sobrados para la negación. En un justo medio está la virtud; seamos virtuosos.

Si me atrevo a maravillarme de que un Dios infinitamente sabio no diera en el hito para hacer respetable su Ley, admirable su Universo, inmarcesible su gloria. Hubiérame bastado con presentarnos claramente su óptima creación, haciéndonos a la vez capaces de comprenderla y aptos para gozarla. Conforme dijo: ¡Hágase la luz! y la luz fué hecha, pudiera haber dicho: ¡Hágase la verdad, hágase la felicidad! y hubieran sido hechas también.

Pero tuvo la distracción de no revelarnos tanta ciencia, ni comunicarnos tanto bien, durante millones de siglos (aunque la Biblia y algunos sabiondos acabados de nacer los reduzcan a tres simples millares de años)

y no remedió la falta hasta que el hijo del hombre nació en un miserable establo, entre la mula y el buey.

Tanto como los judíos y los romanos del tiempo de Herodes, merecían la revelación los griegos, los egipcios y los persas, que amaron la sabiduría y no carecieron de virtudes. Todo el mundo, anterior al verdadero Mesías, se fué a la eternidad sin recibir el bautismo ni saber una palabra de religión católica, y cayó en los profundos infiernos, (hagamos una tremebunda pausa...) por haberse distraído Dios...

Manú, Budha, (por otros nombres, Zakyá y Zakyamuni), Zoroastro, Confucio y el mismo Sócrates, eran tan dignos de comunicarse con su Creador, como Pedro y como Pablo de Tarsia.

El Dios que dictó la Biblia a Moisés (que no es el Dios de los cristianos, dígame quien lo diga, sino el Dios de los hebreos, de los católicos y los musulmanes), además de ocultar su obra por espacio de tantas centurias y de distraerse con exceso, permitió que otros dioses, falsos de toda falsedad, dictaran anteriormente otros libros a pueblos más importantes, más sabios, más limpios, más dignos, y no diré más viriles, pero sí más fuertes que el pueblo israelita.

Los cinco *Kings* chinos, el *Veidam* indico, el *Manava-Dharma-Shasta* y el *Zend Avesta*, extendieron el error y la maldad por el mundo. Por eso tuvo que venir Dios en forma humana a redimir del pecado a los hombres; de otro modo, no hubiese habido tal necesidad.

Pero no inculpo a Dios de tantos errores y males; sería igualarme a los católicos y a todos los que creen en él. Culpó a la primera pareja que habitó el Paraíso; pues si Eva no hubiese escuchado a la serpiente, ni comido la fruta, ni estimulado al inocente Adán para que la probase, todos seríamos ahora felices...

Tampoco; las religiones son una especie de galimatías en que el más listo se confunde. Sin la serpiente, sin Adán, sin Eva y sin el árbol prohibido, no existiríamos nosotros. No existiría mas que una pareja feliz, en un Paraíso eterno, y el sol la luna y las estrellas estarían reflejando por siempre su luz sobre dos cuerpos desnudos, perfectamente castos...

BENIGNO PALLOL

AVISO

Agotados los 10.000 ejemplares que se imprimieron del *Calendario del obrero*, no pueden servir más pedidos.

El autor da muy efusivamente las gracias a todos por la alentadora y excelente acogida que otorgaron a su librito, y muy especialmente a los periódicos radicales y obreros que lo recomendaron ó anunciaron.

De EL MOTIN no quiere ni debe decir nada; a sus lectores les asegura que siempre procurará ser digno del cariño y de los alientos de que recibió gratas, confortadoras y espontáneas muestras.

El Gobierno italiano ha prohibido al clero toda intervención en el auxilio material y reparto de socorros a los damnificados supervivientes de la última catástrofe.

Conoce bien a la clase, y sabe que, a pretexto de socorrer a las víctimas del terremoto, iba el clero a convertirse en verdugo de todas las bolsas católicas del universo.

Pero ha tomado tarde esa determinación; a estas fechas tiene ya el Vaticano acaparados muchos millones.

Sin contar los que se hayan ido quedando entre los religiosos intermediarios.

Según uso, costumbre y tradición.

CHIRIGOTA

Dijo EL MOTIN en el número 4:

«Si un hombre mata a otro en riña, la víctima va al infierno. El asesino cuenta con algunas semanas, puede confesar y comulgar y desde el patíbulo ir al cielo.»

Eso será en otros países, no en España, donde el asesino, como no será habido, tendrá tiempo después del primer asesinato de perpetrar el segundo, de estuprar a una recién nacida, de darle por el sagrado corazón a cualquier Luis, de estrangular a su abuela, y, por último, de arrepentirse, comulgar y trasladar su domicilio al cielo.

Entre tanto se dirán sus víctimas en los profundos infiernos:

«No estamos aquí por nuestros pecados, sino por culpa de un bandido que ahora está en el Empíreo a la diestra de Dios padre».

Afortunadamente eso no durará más que hasta el día de la revisión (juicio final), en el cual pasarán al cielo las víctimas inocentes, al infierno el criminal y...

Memorias á Beltrán y Musitu á Prat de

la Riba, á Camoo y demás separatistas de cartel.

UN LECTOR DE EL MOTIN

Párroco enredador

Hay un párroco en Huelva que trae revuelta a la población y no deja en paz ni a los muertos.

Además de haber entronizado el clericalismo en aquella capital andaluza, chupando de los vivos cuanto puede, se empeña en que los cadáveres le rindan pleitesía haciendo antesala en la iglesia, camino del cementerio. Hasta los que fallecen fuera del radio han de ser llevados a su presencia.

En esta danza macabra le ayudan otros clerizontes y beatos, que están poniendo verde a la higiene y de veinticinco colores al principio de la autoridad.

El alcalde, aunque de real orden, ha intentado poner coto a los desmanes de la clérigalla, sin conseguirlo. Como que el parroquidermo de autos es todopoderoso y está en relación directa con la corte celestial. El dinero lo puede todo en el mundo, y lo que dice el cleri-comerciante: «Cuando necesito dinero para la buena propaganda, giro una letra contra el Corazón de Jesús y hallo siempre más de lo que necesito.»

Pues yo, alcalde, recomendaría a los vecinos de Huelva que no depositaran fondos en la cuenta corriente del cielo, para que le protestase las letras a ese cura gorrón encargado de la Banca divina.

Y tendría que declararse en quiebra; es probado.

Refinamientos

No he de negar que Francia sea el país de los grandes refinamientos. Es cosa comprobada hasta la saciedad. No sólo existe un sensualismo refinado, sino también una refinada crueldad. Todo, en la psicología de este pueblo, se da en grado sumo. La crueldad francesa es sádica, llena de un voluptuoso placer. Yo diría que es brutalmente bárbara.

Terminados los días de general regocijo que trajeron las cuatro últimas ejecuciones capitales en Bethune, yo creía que la nerviosidad cruel y las ansias sanguinarias del alma francesa se habían saciado y se habían calmado.

¿Más sangre, más muerte, y más horror todavía? Si la gente no está aún satisfecha. Se les prepara un nuevo espectáculo. Allí, en una prisión marseles, espera el reo Camajore. Esa es la primera cabeza que se viene con insistencia demandando. Y cuando esa caiga, que caerá, puesto que la señora opinión pública la pide, ya hay otras, hasta una veintena, preparadas. La guillotina, como en sus más bellos días revolucionarios, se ha puesto de moda, y no digo que se ha ennoblecido porque no taja cuellos de nobles llevados en carreta al patíbulo, como en los agueridos tiempos del ciudadano Simón.

Pero este estado de exacerbadión, este fulminante estallido de crueldad, se me dirá que es cosa de las turbas, que son bárbaras, que son brutales, que aman con delirio los espectáculos de sangre, así las carnicerías de la guerra como los suplicios y los ajusticiamientos legales. No; de esta crueldad sin nombre dan también prueba los informadores de la opinión. Si no les niego inteligencia, por lo menos no les reconozco corazón.

Las plumas se han desatado ahora, no sólo en los periódicos parisienses, sino también en la Prensa provinciana, en una campaña estrepitosa para que se redoblen las penas y se hagan más duros los castigos. Es necesario que se mantenga en pie la siniestra guillotina y que su *couperet* funcione con ejemplar frecuencia. Al mismo tiempo es indispensable que los que escapan a la muerte, y que ahora son condenados a trabajos forzados a perpetuidad *la bas*, en islas insalubres, inhospitalarias y desiertas, sientan con mayor rigor el peso de la ley y la persecución rencorosa de la abominable sociedad que los hace criminales y después implacablemente los condena.

Hasta ahora, con algo de misericordia humana en el fondo de la barbarie de muchos códigos, la pena era un medio de corrección, un procedimiento para la reforma espiritual del que ha delinquirido; el presidio considerábase como lugar de expiación, de arrepentimiento y también de redención posible. Contra la brutalidad del castigo por fiera venganza, contra la barbarie de los cárceles como sitio nada más que de tormento, jardín de los más crueles suplicios, se había levantado en todo el mundo una generosa voz de piedad y un indignado grito de protesta. Fueron plumas tocadas de amor y de piedad, desde Dostoyeski á Goncourt, las que trataron de renovar todos los viejos y nuevos sistemas, humanizando los códigos, haciendo más tolerables y misericordiosos los sistemas penitenciarios.

Pro lo aquí que en Francia las plumas con la sacudida epiléptica que en ellas dejara la violenta sensación ante las decapitaciones de Pallet y sus cómplices, reclamar

que los castigos sean más duros y que los presidios sean menos hospitalarios. ¿Qué hacen, se preguntan ante el público de sus periódicos muchos escritores, los más famosos criminales que hemos enviado a la Guyana, a la Cayena, a todos los islotes semi-salvajes, donde entierra Francia a sus forzados? Trabajar como bestias bajo la vara del cómitre, podía responderseles, ó morir de fiebres palúdicas en medio de las aguas pútridas de aquellos pantanos. Sólo, olvidados, viviendo consigo mismo cada uno, acaso se reforman, tal vez se arrepienten, quizás se estén redimiendo...

Y pasan lista de nombres. Allí están Soeilland, Brierre, Manda, Lecca y otros en la isla de la Salud. ¿No habrá también algún inocente, víctima de un error judicial? ¡Oh, la infalible justicia de los hombres, con sus ideas, con sus prejuicios, con sus pasiones y con sus miserias, aplicando la ley a los demás!... ¡Ah, la cantidad inestable de la cosa juzgada, cuando tras ella puede esconderse el perjurio, la falsía, la repugnante prevaricación! ¿Qué puede haber dentro de la conciencia humana que no esté sujeto a erróneos extravíos? Nosotros hemos establecido grandes principios fundamentales sobre los que descansan el orden social, amasijo de egoísmo, maridaje de impurezas, verdadera y liviana casa de muñecos! Dejemos esa ruta... y volvamos a la andadura.

Soleilland, el sátiro y asesino, escapado al tajo, escribe desde allá que comienza a reformarse y sueña, en lejanos días, con una vida de honradez y de paz, purgado cumplidamente su horrendo crimen. Y este propósito subleva aquí los ánimos. Lo mejor sería para estos modernos propagandistas de la venganza sin remisión, que a ese forzado, monstruo ayer, hoy triste hombre en cadenas y en destierro, ya que se salvó de la guillotina, que lo cazaran a tiros ó que sus guardias lo matasen a palos. ¿Dónde, comparando, radica la monstruosidad? ¿Quién ha caído mas bajo en la piedad?

Allá abajo está también Bricou, el vengador de Ravachol. En la escuela de Noumea enseña a los compañeros de cadena su antiguo oficio de ebanista, olvidado acaso, si quiera por el momento, de que un día fué dinamitero. Contra él también se levantan las indignaciones. ¿Por qué darle ese rango? ¿Cómo no se le infligen más duros castigos? ¡Pobres obsesionados todos estos espíritus sin piedad que piden durezas, golpes, suplicios, ajusticiamientos! No saben que la violencia es peligrosa; que la crueldad es tornadiza; que la venganza, como el viento salta en el cuadrante, cambia de ejecutores. La sociedad que pena con rigor suele también ser castigada brutalmente. ¡Dios íre!... Si el odio arrastra la sociedad a la venganza, el amor ha llevado muchos espíritus dolientes y misericordiosos a la locura de las desesperaciones supremas, asco de la vida y sed de la muerte.

ANGEL GUERRA

París.

Anuncia un periódico valenciano que existe en aquella capital una sociedad pro-

testante que abona tres pesetas diarias a los obreros que se decidan a prestar en ella sus servicios, y da la voz de alerta a los católicos.

La prueba de que no es cierto, está en que hay todavía obreros en los círculos católicos. Si les dieran a cada uno tres pesetas diarias los protestantes, no habría quedado ni medio.

Y diré más: por ese jornal tendrían a su servicio hasta curas. Curas de esos que se ven negros para sacar diariamente dos pesetas en su oficio, debido a la falta de equidad que reina en la Iglesia, donde, a pesar de ser todos hermanos, hay tres Caines para cada Abel.

La invención, como se comprenderá por lo expuesto, es tan burda como malévol es la intención.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS — POR — R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 a los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

Impiedad católica ó sana sociología

La sugestión en lo moral es como el aire en lo fisiológico; aquella aferra la conciencia humana ni más ni menos que la respiración encadena la vida.

Desde que nacemos comenzamos a ser víctimas de la sugestión, pues los colores, sonidos, armonías y movimientos suspenden el espíritu y se apoderan de nuestra atención. Cuando llegamos a los siete años toda la centramos en lo que nos rodea inmediatamente y el sistema ejecutado por nuestros tutores es un modelo singular que nos fascina.

Así, el hijo del ladrón admira el arte de robar, el del vidador se perfila en cuquerías, el del sabio es pensador, el del político astuto y rapaz, el del fanático degenera psicológicamente. Entramos en la adolescencia, y no acierta a discernir quien advierte el discernimiento; unos creen que la verdad es la mentira, otros opinan que el arte es la sagacidad ó la cursilería, hay quien envidia la popularidad del delincuente, quien se mofa del filántropo, quien todo lo lleva al vértice de la religión.

Para la generalidad, la ilustración es una especie de indumentaria que se exige voluntariamente para que la sociedad nos

acepte, como se exige el sombrero de copa en los actos de etiqueta, y semejante conducta surge del ambiente de niescencia en que vivimos, donde el que no es analfeto, lee, pero no discurre. Desgraciadamente esta innegable condición humana nos hace esclavos de los pensantes que advirtieron la flaqueza y se lucraron y lucran de ella.

Por esto, todo el afán de los vividores que hace tantos años son señores de la actividad y energía de los españoles, es captar el corazón de los niños, deslumbrando su inocencia con relucientes y criminales atractivos, entendiéndolo que decimos criminal a la conquista de una conciencia para esclavizarla y esprimir el jugo del individuo. Por ello los niños no aman el estudio ni los padres confían en la enseñanza, porque, esperándolo todo de las Batuecas de sus embaucadores, trabajan para éstos, sugestionados, como autómatas, como bestias.

Ved aquí la resultante; que España es feudo de sus discernientes sanguijuelas, y, como consecuencia, lo es del resto del mundo. El automóvil, la bicicleta, el telégrafo, la locomotora, la sueroterapia, la aviación, la síntesis química, el microscopio, antiseptis... todas, absolutamente todas las portentosas y grandes obras que caracterizan nuestra época y generan el bienestar y la prosperidad, se importan del extranjero nacidas de los cerebros irradiantes de los herejes, que estudian mientras aquí rezamos. Y si esto es así, como lo es, ¿por qué nosotros, los católicos demandamos y nos servimos de lo que los protestantes inventan?

Hora es ya de sacudir la brutal sugestión que cual sierpe abominable nos asfixia con sus menguados anillos; ha llegado el día de la redención encarnado en los sabios de buena y santa voluntad; ellos nos enfocan en el faro del progreso que viene a iluminar nuestra mente, como se alumbró la de Don Quijote en la hora de su muerte, y ha llegado el momento de estudiar mientras los fanáticos rezan, para luego ponerles la albarda y que nos lleven guapamente caballos.

Su tenacidad irracional nos obliga a hacerlo.

ESEBÉ

FALTA DE FE

En Filadelfia despierta mucho interés la causa entablada por el escritor Mountoin contra su esposa. Espiritista convencida, le confesó que tenía relaciones amorosas con un espíritu que se materializaba únicamente en el momento psicológico, y él, aunque espiritista también, no quedó satisfecho de la explicación.

Hombre de poca fe debe ser ese Mountoin. En todas las religiones se citan hechos parecidos y las gentes los creen. ¿Por qué ha de ser una excepción el espiritismo?

Cuando se admite lo sobrenatural, hay que pasar por todo; hasta por lo de que los espíritus puros procrean.

Si van y vienen de un astro a otro, ¿por

qué no han de tener facultades para llenar de hijos los hogares de los adeptos?

Por lo tanto, Sr. Mountoin, a llevarlos con paciencia.

UNA HUELGA

(CUENTO DE TALLER)

Ninguno de los que trabajábamos en aquella casa estaba contento, y de no haber sido tan malos tiempos, pocos habrían parado en aquel taller indecente.

Se ganaba poco; casi todas las semanas había uno ó dos días de paseo, más que por falta de tarea, por la mala organización del trabajo; cobrábamos cuanto se le antojaba al dueño, y el encargado era gruñón y envidioso, y daba la mejor obra a quien le adulaba y le regalaba el oído con chismes y cuentos y el cuerpo con vino.

El taller era lóbrego, húmedo y sucio. A las tres de la tarde ya estaban ardiendo los humosos quinqués y las pringosas velas de sebo, y jamás el sol alumbró aquellas paredes desconchadas y cubiertas de telarañas.

A nadie extrañará, dadas estas condiciones, que en el personal no hubiese ni sombra de armonía. Este grupo iba a la taberna de enfrente, aquél a la del 15, el otro a la del 20, así que ni aun el asueto y la murmuración y la queja lograban reunir en torno de una misma botella más de cuatro individuos. Excusado es decir que en el taller no se conocían ni las charlas animadas ni las bromas alegres que hacen soportables las horas de encierro.

Sólo una cosa nos unía a todos: el odio al dueño, al patrono.

Muchos le habíamos conocido operario— bastante malo, por cierto.—Un día se despidió de la casa en que trabajaba; a la semana tenía un taller de mala muerte, y a los tres años la casa de que os hablo.

Vestía con ostentación, adornaba sus dedos con enormes sortijas, y cruzaba su chaleco gran cadena de oro con media onza en guisa de dije.

Tenía un caballo y un carricoche, que le servían para correr de taberna en taberna y para ir a la Bombilla, a la Puerta de Hierro, a Tetuán y a las Ventas, siempre con uno ó dos amigos y las correspondientes mujeres—no siempre las mismas—llamativas, alegres y bien puestas.

Los días de jarana, a la caída de la tarde, dejaba el carricoche a la puerta del taller, y entraba para abrumarnos con el relato de la francachela: que si corderos asados, que si fritadas de lomo, que si pollos en arroz, que si Valdepeñas ó Rioja de lo mejor, que si copitas de Chinchón ó de coñac... ¡Cuántas veces nos contaba todo esto, y más que omito relativo a las mujeres, los sábados por la tarde, añadiendo después que no había cuartos para la paga de la semana!

Otros días le daba por afrentar a aquellos de nosotros que fuimos compañeros suyos. —¡Idiotas! No sabéis lo que es bueno. Dejaréis este mundo sin haber disfrutado; os moriréis de hambre. ¡Aprended de mí a ganar dinero y a gastar bien! ¡Idiotas!

vo de los Sasanidas persas, había muerto como éste prematuramente y dejando en cinta a su consorte.

Sabido es que en Persia, según cuentan las historias de aquel famoso imperio, habiendo asegurado los magos que la excelsa viuda pariría hijo varón, los señores del reino, poniendo la real tiara sobre el regio estómago, juraron fidelidad al augusto feto, mientras que en análogas circunstancias, en Francia al fallecimiento de Luis X y en Austria al de Alberto V se esperó a que naciese el regio vástago. Esto mismo fué lo que en España se hizo.

Llegado el momento crítico, el Presidente del Consejo de Ministros, en su calidad de Primer Comadrón del reino, así como es Notario Mayor del mismo el Ministro de Gracia y Justicia, en presencia de los grandes oficiales palatinos, altos funcionarios del Estado y representantes del Parlamento, previamente convocados y reunidos en la real antecámara desde que se dejaron sentir los primeros dolores, hizo solemnemente la presentación del recién-nacido, quedando así oficialmente demostrado el nacimiento y establecida la identidad del noveno de los Borbones españoles.

A continuación de la ceremonia el jefe del gobierno, Sr. Sagasta, dirigió a los circunstantes un breve discurso en que, con alguna otra cosa más, vino a decir: «Si España ha estado un par de siglos bajo la solícita, la benéfica, la paternal autoridad de los Austrias, y otro tanto bajo la no menos paternal, no menos benéfica, no menos solícita de los Borbones, hoy tiene la inmensa dicha de ver Borbones y Austrias reunidos en esta

(FOLLETÓN 6.º)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA POR OFFENBACH

—Señora, V. M. es Victoria, nosotros somos Disraeli y Gladstone, y desde hoy España va a ser la mismísima Inglaterra.

Por tan sencillo modo se inauguró y estableció el juego de que hablamos, un juego curiosísimo en que gana todo el que juega (pues quien paga es el país, que siempre pierde).

En un principio todo marchó admirablemente. Aquello no parecía cosa de juego sino de mucha seriedad. Los liberales, refrescado con el mando su fervor dinástico, empezaron, ayudados de los conservadores, a tratar de hacer aún más simpático el estado, ya de suyo interesante, de la regia y afligida viuda; a agitar y repicar en favor de las dos reales huerfanitas, los solos hijos nacidos que el rey dejó, el hueco y todavía resonante, aunque muy manoseado comodín de la proverbial hidalguía española; y a mover, en fin, de todas suertes y maneras el sentimiento público a beneficio de la atribulada familia real. Así que pudo decirse que desde el momento en que murió el monarca, España tuvo ya destino que realizar en el planeta: el de ayudar a aquella madre viuda a conservar y transmitir íntegra al sucesor la herencia del rey difunto. A esto se había de subordinar la política, lo mismo la exterior que la interior; a esto habían de dirigirse y

aplicarse todos los esfuerzos y todos los recursos del país; a esto vinieron a contribuir, con raras excepciones, los mismos enemigos del régimen, unos en complicidad más ó menos consciente y egoísta, otros con pasividad ó indiferencia más ó menos comprensible y disculpable. Finalmente el Papa, que había de apadrinar al nuevo rey, puso decididamente de su parte al clero, y todos los soberanos y gobiernos extranjeros no se mostraron menos amistosos; de modo que, si todas las minorías de reyes, unas veces por causa del propio pueblo y otras por la del vecino, suelen estar preñadas de dificultades, lo que es la del noveno Borbón tenía que ir, como dicen los españoles, «sobre ruedas», puesto que, fuera de unos cuantos ciudadanos tercios que siguieron conspirando contra el trono, el mundo entero se aunaba a su favor.

Y en efecto. ¿Qué era lo peor que podía suceder? ¿Que el gobierno ó dirección de la cosa pública no fuesen de lo mejor ó de lo más sabio? Pues gobiernos torpes y gobiernos malos habían tenido los españoles, y ya se sabía hasta donde podían llegar las desdichas del país. Podía asegurarse que en el peor caso, el patrimonio nacional llegaría a manos del sucesor del difunto rey muy averiado, pero llegaría íntegro; por la sencilla razón de que las colonias que quedaban eran impotentes para emanciparse, y si una nación más fuerte que España quería despojar a ésta de cualquier parte importante de su territorio, las otras potencias no habían de permitirlo, ya que para que esto sucediese no sería menester nada menos sino que a fines

del siglo XIX volviese aquella monarquía a hallarse en las mismas circunstancias y en tan alto grado desprestigiada y desconsiderada como estuvo a fines del XVII; extremo a que no parecía humanamente posible que llegase, pero al que, sin embargo, de jaleo en jaleo y de broma en broma, los alegres señores del reino apenas tardaron una docena de años en hacerla llegar.

Bien meditado el caso, así tenía que suceder, porque aun cuando el Disraeli y el Gladstone españoles no dejaran de interesarse por el país, este interés lo entendían, como decía el primero, en el sentido de «continuar la historia de España». Pero es el caso que la historia de España no venía siendo hacia muchos años más que un pesadísimo, prolongadísimo bromazo dado al mundo, y particularmente a los naturales del país, y más particularmente todavía a los de las colonias ó provincias de Ultramar; y como al tenor de lo que ambos señores tenían concertado no se admitía que en el juego establecido por ellos metiese baza ningún otro partido y ningún otro jefe que quizás pretendiese continuar la partida, esto es, la mencionada historia, de otro modo, de aquí el término triste en que al fin todo fué dado al traste.

Mas antes de que tal término llegara ¡cuánto salero y cuanto gracia derrocharon, por decirlo así, todos los señores del reino!

Aquel mismo principio de seriedad a que ha poco hemos hecho referencia, no fué muy duradero. Recordaremos a propósito de esto un episodio.

El octavo de los Borbones españoles, también en otras cosas parecido al octa-

Después injuriaba á los chicos, golpeándolos con frecuencia, y por último regañaba al encargado y se marchaba sin despedirse, y á poco oíamos rodar el coche y la algarabía de los amigos y amigas que en él iban.

La verdad es que ni uno solo de nosotros quedaba contento después de estas visitas, y más de uno habría dado un coscorrón á aquel borrachín fachendoso que nos maltrataba después de divertirse con el dinero que nosotros le ganábamos.

Una tarde llegó al taller más lleno de vino que de costumbre. Había pasado el día en Amaniel con la compañía de siempre, y después de contarnos con lengua estrepitosa lo que comieron, bebieron y retozaron, se encarró con el más misero y ruin aprendicillo del taller.

—Oye tú, granuja; ¿qué has hecho hoy?
—Esto que usted ve, maestro.
—Sinvergüenza, ladrón, hijo de mala madre, ¿crees tú que robo el dinero con que te pago?

El muchacho rompió á llorar.
—No he podido hacer más... He ido á unos recados, maestro.

—¿Sí, eh? ¡Ahora verás!
Enarboló la garrota, el muchacho vino hacia nosotros siguiéndole el borracho con paso vacilante y la cara inexpressiva roja de cólera.

—¡Sal de ahí, que te voy á calentar para que aprendas á contestar á tus superiores!
Alcanzó al muchacho, que puso los codos ante su rostro en guisa de escudo...

Ninguno de nosotros sabe quién fué el que arrancó el palo á aquella bestia y le golpeó con él. Después, á patadas y á puñetazos le llevamos á un rincón, y allí cayó babeando y rugiendo, sin que la borrachera le dejara levantarse.

Y allí quedó. Sonó el estrépito de un quinqué que alguien estampó contra el suelo, sonaron otros, recogimos nuestras ropas y herramientas, y por vez primera todo el personal de aquella maldita casa se sentó en torno del mismo frasco de vino.

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

Peores que africanos

La aldea de Romara, situada á unos 50 kilómetros de Ceuta, ha sido destruida por un terremoto. Los moros supervivientes atribuyen al bueno de Alah esta catástrofe, suponiendo que él se entretiene en aplastar hormigas con turbante, y le piden perdón para los infieles, origen de su desgracia.

Los católicos también creen que su Dios ha enviado los terremotos de Messina y Reggio para castigar á los herejes; pero no se andan con deprecaciones. Véase la muestra.

Dice un diario: «¿Han sido (los terremotos) realmente un castigo del cielo? Y contesta esta pregunta con otra: «¿Acaso cuantas desgracias afligen á la humanidad no son consecuencia del pecado? Ya salió á relucir la manzana.

Y continúa diciendo que «el criterio racionalista de nuestros días tiende por sistema á buscar soluciones á los más raros fenómenos en las fuerzas intrínsecas de la naturaleza tan solamente».

No, que íbamos á buscar esas soluciones en la inspiración de los Santos Padres, tan preñados de ciencia como San Agustín (para no irnos con los indoctos), el cual negaba la redondez del mundo, porque no le cabía en la cabeza que los hombres de los antipodas anduvieran del revés.

Discurriendo de ese modo (patas arriba) el colaborador del susodicho diario acopla los sucesos naturales á los más ó menos verídicos de la religión cristiana. Y afirma que el eclipse coincidente con la muerte del Cristo (¡vaya usted á saber!) se hizo de encargo para la escena del Gólgota; que los bárbaros del Norte ejecutaron las órdenes de Dios al barrer á los gentiles de la gran prostituta del Apocalipsis, vulgo Roma; y todo según el testimonio de Dionisio Areopagita, Atila é Il Corriere d'Italia, de donde el autor católico ha sacado otras lindezas por el estilo.

El P. Claret, según el articulista, fué un profeta de tomo y lomo. ¡Y nosotros sin habernos enterado! «En uno de los fructuosos sermones que predicó á orillas del mar—dice el repetido articulista católico-apostólico-romano—con motivo de los formidables terremotos ocurridos en 1852 en la Isla de Cuba, y principalmente en la ciudad de Santiago, de donde era arzobispo, terremotos que él había vaticinado pública y privadamente...»

«Dios hace con muchos de nosotros lo mismo que una madre con un hijo perezoso y dormilón; que le menea la cama para que se despierte y se levante, y si esto no basta, le da golpes con el látigo (no olvidemos que el arzobispo hablaba en Cuba, cuando la esclavitud). Lo mismo hace Dios con muchos de sus hijos aletargados; ahora les ha sacudido la cama (pues vaya un modo de sacudir, no dejando fítere con cabeza); es decir, sus cascas, perdonando sus vidas (sería un terremoto de poco más ó menos, para andar por casa, como quien dice); si con esto no despiertan, y no se levantan, les dará de palos, enviándoles el cólera ó la peste. Dios me lo ha dado á conocer.»

Si esto no es cocear contra el sentido

común, que venga el omnipotente Alah y lo vea.

Pero hay algo más pedestre y estúpido que lo del profeta Claret: lo que dice el articulista de marras á propósito de la hecatombe última... «LA OMNIPOTENCIA DEL ALTÍSIMO QUEDÓ MANIFIESTA...» mientras la naturaleza por El criada daba, en expresión de un eminente escritor del *Catholic Times*, una gran risotada sarcástica ante la nada del «hombre y de su ingenio y de sus obras.»

Mientras Dios daba trastazos en el interior de la tierra y sacudía las camas de los hombres, la Naturaleza se refa como una loca, y la humanidad, «al enterarse de la terrible catástrofe, se sintió hondamente conmovida.» (Del mismo autor.) De manera que esa humanidad, esa nada, siente la compasión, la misericordia, la piedad, enfrente de un Dios todo omnipotencia, pero cruel, destructor, impío; de un monstruoso epiléptico, cuyas convulsiones le llevan á exterminar su propia obra, emparejando en el aniquilamiento á buenos y malos, á los redactores de *El Teléfono*, que se burlaban de él, y á los conventuales, que le servían.

Si los católicos fuesen capaces de discutir comprenderían por qué nosotros buscamos en la Naturaleza y en su estudio la razón de las cosas y el mejoramiento de la humanidad: advertirían las tremendas contradicciones en que incurren, presentando á su Dios como un bárbaro, y al hombre como un ser misericordioso, digno de sustituirle en la dirección del orbe entero.

Mas han caído tan bajo esas inteligencias, (si son inteligencias y estuvieron alguna vez más altas), que ocupan el infimo lugar de la especie; ya les dan lecciones de humanidad los kabileños, rogando á su Dios que perdone á los cristianos causantes de su desdicha. Si no piensan, á lo menos sienten como hombres.

Para hallar iguales á los neo-católicos tendremos que internarnos en la Hotentocia y coger con pinzas los ejemplares de deshecho que desprecian allí.

ARGOS

En el Casino de La Unión de San Miguel (Tenerife) acordó la Junta suscribirse á *El Progreso*, diario republicano de Santa Cruz, y un tal Clemente Hernández, de oficio cura, se opuso, alegando que el diario era anticatólico.

El presidente, asqueado con aquella intransigencia, le dijo que por qué entonces iba él á leerlo á casa de un honrado zapatero que lo recibía; y el de lo negro quedó más corrido que una mona.

En todo son lo mismo; condenan en público lo que ejecutan en secreto. Por esto hay que reírse cuando condenen cualquiera de los siete pecados capitales, á los que rinden culto con muy cuantas excepciones.

HUMORISMO

ANTICLERICAL

FOR

JOSÉ NAKENS

Precio, 3 pesetas.

A los suscriptores de EL MOTIN se les rebajará el 25 por 100.

El importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, letras y sellos de Correos.

Cura clase extra

El cura Ramón Plaza, que en combinación con otro prójimo que se hacía pasar por duque de Baena estafó á un individuo 500 pesetas, ofreciéndole una plaza de administrador de una de las fincas del supuesto duque, ha sido acusado ahora por un cuñado suyo de otra estafa parecida en la que le sacó otras 500.

Escrito esto, leo que el duque fingido y el sacerdote auténtico están ya archivados en la Cárcel Modelo de Madrid.

Y tiemblo pensando en lo que descendería el termómetro de la moralidad, si al presbítero le diese por poner en la cárcel cátedra de timos. Amaestraría á los estafadores más acreditados.

Y si alguien lo duda, lea estos datos que ha publicado *El Diluvio*, de Barcelona:

«Su historia es curiosa. Vino á Madrid de Salamanca, y á poco de recibir del obispado las licencias para cantar misa se enamoró perdidamente de una preciosa joven, colgó momentáneamente los hábitos y, haciendo caso omiso de los votos contraídos, creyó más oportuno caer rendido por Cupido que celebrar el santo oficio. Y levantó el vuelo con su amada, lo cual provocó un gran escándalo. La curia eclesiástica le quitó las licencias al sotaneco Don Juan, y así pasó algún tiempo.

Cansado al fin de la buena moza que le

siguió, volvió á Madrid. Entendió el yo peque y fué perdonado. Así transcurrieron varios años. El cura Plaza prestó durante ellos sus buenos oficios en una parroquia de la corte, y tal confianza inspiró, que fué encargado de una comisión delicada en Barcelona.

Aquí vino mi buen padre de almas animado de los mejores deseos. Después de cumplir la misión que había traído no quiso regresar á Madrid sin recorrer todos los centros barceloneses donde se rinde culto al buen humor y á la alegría. Visitó el Alcázar Español, la Gran Peña y el Eden Concert, donde pudo admirar y aplaudir á las más famosas reinas del tango y del couplet. Por último, fué al Circo Barcelonés, y allí, en forma de la *Bella Milagrito*, encontró su demonio tentador. ¿Cómo hizo su conquista? No se sabe. Acaso no había olvidado sus primitivos tiempos de Tenorio. El hecho fué que de Barcelona se trajo á Madrid el milagro y la Milagro. Con ella se estableció en la calle de los Mancebos, 23, y allí nació poco después una niña, á quien se puso el nombre de la madre. El cura se volvió loco. Quiso rodear á su amada y á su niña de todo género de comodidades. Y como la misa no daba lo bastante, recurrió á lo que siempre recurre quien así piensa y usa enaguas; formó una Sociedad con su amigo el duque y de ese modo solucionó el conflicto.

Apenas se divulgó en la Prensa lo del falso duque y el cura, don Andrés Jaró se presentó en seguida en el Gobierno para presentar nuevas quejas. Este señor denunció no una estafa, sino muchísimas perpetradas por el cura que persigue la policía. A este señor le estafó el cura 330 pesetas tomando el nombre de otro señor sacerdote, dignísimo por cierto, don Tobías Torres.

El ingenio del curita es extraordinario. Vean nuestros lectores cómo se ingenió para uno de sus más famosos timos.

Hay en Madrid, en la calle de Lagasca, casi esquina á la de Don Ramón de la Cruz, un solar que tiene un terraplén enorme y, por tanto, cuando en él se edifique será necesario desmontar toda aquella enorme cantidad de tierra. Fué el curita á casa de la dueña del solar fingiéndose administrador de un título que vive en Salamanca, y arregló la compra del solar. Llegaron hasta ir á casa de un notario y hacer la escritura de venta á ocho pesetas el pie de terreno. El cura Plaza pidió un plazo corto para firmar las escrituras y entregar el importe de la compra del solar, pues el título del cual era administrador no estaba ya en Madrid por retenerle en cama una ligera enfermedad. Conformes en conceder el plazo, el cura pidió á la dueña permiso para comenzar á desmontar el solar por su cuenta; la señora accedió, pues aún en el caso de no comprar el solar, si se lo dejaban al nivel de la calle el precio del pie sería mayor al de ocho pesetas en que se vendía con aquella montaña. Contrató el cura, como si fuera ya dueño del terreno, con un maestro de obras el vaciado del solar, poniendo Plaza las herramientas. Fué á distintas ferreterías y almacenes de hierro y compró á crédito una cantidad enorme de picos, palas, barras, azadones y carretillas y las llevó al solar. Como la mitad de la herramienta sobraba, la vendió en el Rastro y comenzó el *chupen*. La arena que se sacaba del solar la vendió también para distintas obras, y mientras tanto esto se efectuaba el curita no perdía el tiempo.

Al sereno de aquel trozo de calle, un viejecito de setenta y tantos años, le prometió hacerle portero de la casa y le sacó de camino treinta y tantos duros que tenía el pobre viejo ahorrados. Frente al solar hay una taberna, y con pretexto de vigilar las obras estuvo allí comiendo con su «ama», la viuda del guardia civil, y los pequeñuelos, y no pagó la cuenta de la comida. En dicha taberna conoció á un comisionista de embutidos de Extremadura y le compró doscientas pesetas de chorizos, embutido, etc., y tampoco se las pagó. A un repartidor de entregas, á pretexto de emplearle en su oficina, le sacó siete duros. A un guardia de seguridad, que presta servicio en el Gobierno civil, también le ha hecho una pequeña pella, y... ¿qué seguir? todas cuantas personas le hablaron alguna vez salieron escaldadas. El cura Plaza sacaba astilla de todas partes. Jamás pagaba la casa en que vivía; de todos los cuartos en que habitó le desahuciaron, llevándose entre la sotana siete ó ocho meses de no haber pagado.

Este cura es conocidísimo en Madrid. Alto, moreno, guapo. De unos treinta años. Viste con lujo. Sotana de paño de Lyon, zapatos de charol con hebilla de oro, teja de finísimo castor. Toca la guitarra como Paco Lucena y canta como Chacón. También se baila por «alegrías» y se toma cuarenta chatos de Agustín Blázquez, con sotana ó sin ella.

Una buena idea de unos guardias civiles fué la causa de que el P. Plaza haya caído en la cárcel, y sabe Dios cuantas personas habrán maldecido la inoportunidad de estos celosos militares!

Digamos para terminar este ya largo artículo: estaba reservado á la España clerical en el siglo XX resucitar á Monipodio, Rinconete y Cortadillo con bonete y sotana. ¡Qué honra para los pícaros y truhanes!

Por lo visto el amigo, cuando sentía la necesidad de estafar, lo mismo se le daba de un desconocido que de un pariente. Y, realizada la operación, á decir su misita tan tranquilo.

¡Pobre Cristo, si fuera cierto que estás en

el cielo, y bajas diariamente á las manos de los señores que, entre otras especialidades, inventan duques para estafar á los incautos! ¡Qué asco sentirás!

La espada, arma católica

Mahoma venció á sus perseguidores de la Meca, que le hacían una guerra sahuda (como los reaccionarios á nosotros), y les obligó á convertirse en prosélitos suyos con la fuerza de su espada.

No hay como los argumentos contundentes para triunfar de ciertas personas que tienen un alma bovina. Si el esenio á quien la tradición llama Jesucristo hubiera persistido en la arrogante actitud que adoptó á las puertas del templo fustigando á los mercaderes, y prolongado la acción hasta el siglo XX (pues la eternidad de su existencia se lo permitiera), podríamos llamarle el Salvador por antonomasia.

No lo hizo así, limitándose á mostrar su genio profundamente revolucionario en aquella sola ocasión; predicó después la humildad, sinónimo de cobardía, y él mismo se entregó á sus verdugos como un cordero.

Por esta causa perecieron millares de personas en los circoes romanos, y no tomó fuerza la verdadera religión hasta que, empujando las disciplinas, se vengó crecidamente de sus enemigos, matando á diestro y siniestro.

Y así han continuado y continúan los católicos. Cuando no pueden matar materialmente, matan moralmente.

Cura asesino

El parroco de la aldea de Baldornon, cercana á Gijón, llamado D. Francisco Canelo, ha dado muerte, disparándole un tiro de escopeta, á su convecino Hilario Alvarez, joven de dieciocho años. El cadáver fué conducido al Depósito y luego al Hospital, para hacerle la autopsia.

La principal versión del crimen es que el cura esperó á Hilario á las dos de la madrugada, oculto en un zarzal, y le acometió á palos, que Hilario huyó de su agresor, pero al llegar á su casa y abrir la portilla, recibió un tiro que le dejó muerto en el acto.

Esto se sabe porque el desdichado, después de recibir la paliza, refirió el hecho á un vecino con quien se encontró cuando se dirigía á su domicilio.

El sacerdote ha desaparecido.

Aguardo datos para ocuparme con más extensión del asunto.

Libros en venta

Con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores.

DE TRES PESETAS

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías, por José Nakens.

DE UNA

Las ruinas de Palmira, por Volney.

DE 25 CÉNTIMOS, Á 15, PARA LOS SUSCRITORES

Herejes y herejías.—Cómo se fabrican dioses por Ingersol.

Con el 75 por 100 de rebaja.

DE CINCO PESETAS, Á 1,25

La Iglesia y la moral.—Moral jesuítica

DE TRES, Á 0,75

Coba, por Luis Bonafoux.

DE DOS, Á 0,50

Testamento del cura Juan Meslier, precedido de cartas de Voltaire y D'Alembert.—La religión natural, por ídem.—El compadre Mateo, por Pigault Lebrun.—Lo que no debe decirse.—Puntos negros.—Garrotazo limpio, por José Nakens.—Gente nueva, por Luis París.

DE UNA, Á 0,25

La serpiente negra, por Gabriel Merino.—La sima de Igiziquiza, por Alejandro Sawa.—El voto de castidad, por Segovia Rocaberti.—Tigre tonsurado.—El dios Baco.—La sostenido, por Alfonso Karr.—Dios, patria y rey.—Y dice el sexto mandamiento.—Ojo al Cristo (obras teatrales de Nakens).

DE 60 CÉNTIMOS, Á 25

A dónde conduce el socialismo, por Eugenio Rícher.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

Colección de 45 folletos, á 10 céntimos uno. Se envía franqueada y certificada á provincias por 4 pesetas.

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31